

SIEMPRE MUJERES

joe mogar



La investigación emprendida por el duro y sagaz detective privado Lex Forrester, le lleva a infiltrarse como trabajador en las oficinas de un importante magnate de las finanzas Jim G. Campbell. Su tarea consiste en descubrir la verdad sobre el extraño incidente sufrido por el empleado a quien sustituye, atropellado por un coche que le produjo la muerte. ¿Accidente o asesinato?

El fallecido, tan sospechosamente atropellado, trabajaba en la sección de revisión de la correspondencia, y se dedicaba a inspeccionar la gran cantidad de cartas que diariamente circulaban por la oficina. Por su tarea no era bien visto por sus compañeros. Por sus manos pasaban gran cantidad de información, a veces indiscreta, y que mal usada se podía utilizar en beneficio propio o para chantajear a todo aquel que tuviera algo que ocultar.

El detective se tiene que enfrentar así a una verdadera telaraña de intrigas, celos y ambiciones entre la mayoría de los componentes de la gran empresa, que emponzoña sus relaciones y que les conducirá incluso al más cruel de los asesinatos.



Joe Mogar

Siempre mujeres

Bolsilibros - Servicio Secreto - 731

ePub r1.0
LDS 30.10.17

Título original: *Siempre mujeres*
Joe Mogar, 1964
Cubierta: Jaime Provenzal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





JOE MOGAR

SIEMPRE MUJERES

Col. SERVICIO SECRETO n.º 731
Publicación semanal Aparece
los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BUENOS AIRES

CAPÍTULO PRIMERO

El asunto no me gustaba.

Eran muchas mujeres. Lo menos trescientas o trescientas una.

No es que yo dijera que no me gustaba el llamado sexo débil, sino todo lo contrario. Me gustaban, tal vez en demasía. Pero cualquiera estaría conmigo en que trescientas mujeres, a cual más bella, eran demasiadas.

Claro que lógicamente, antes de continuar adelante con esta especie de confesión mía, debería dar una explicación, y eso es lo que esperaba hacer, tal vez cuando acabara, o tal vez cuando todo empezara.

Creo que esto último es lo más correcto, ¿no? Pues bien; a ello voy.

La cosa empezó un martes y trece. No soy supersticioso, pero hay cosas que, bueno… mejor es no pensar en ellas.

El timbre del teléfono me sorprendió contemplando el calendario colgado en la pared frente a mis ojos. Un calendario con una mujer como he visto pocas.

Una mujer que no ocultaba casi nada de su formidable y fantástica fachada.

Estaba pensando en las cosas que podían ocurrirme con ella, caso de encontrármela de frente, y de carne y hueso, cuando el timbre del teléfono interrumpió violentamente mis pensamientos.

Me sobresalté.

Luego maldije entre dientes, alargué la mano y tomé el auricular.

—¿Dígame…?

—¿Míster Lex Forrester?

—Yo mismo —repliqué—. ¿Qué desea?

La voz era de hombre. Un hombre que vaciló unos cuantos segundos antes de contestar a mi pregunta.

—Mi nombre es Jim G. Campbell. De los Campbell, de Wall Street. Contuve el aliento.

Varias veces, en el «Quién es Quién», había visto aquel nombre. El nombre de uno de los magnates neoyorquinos. Un rey. Un hombre con infinidad de negocios de importación y exportación hacia y desde todos los países del mundo.

Un genio de las finanzas. Un hombre, en fin, que poseía una flota de barcos de transporte, varios aviones, también de transporte, y bajo cuyas órdenes se movían innumerables obreros. Centenares de ellos, miles tal vez.

—¿Se encuentra usted ahí?

Hice un esfuerzo para contestarle sin que mi voz se alterara y creo que lo conseguí.

—Sí, perdone. Estaba pensando.

No me preguntó en qué. Simplemente se limitó a decir:

—Deseo encargarle algo, míster Forrester. ¿Dónde podría verle? Se trata de algo muy importante.

—Puede venir a verme a mi oficina. No me moveré de aquí hasta que usted llegue. Hubo una pausa de unos cuantos segundes y al fin replicó:

—No. De ningún modo. No deseo entrevistarme con usted en su despacho. Fruncí el ceño. Luego repliqué:

—De acuerdo. Entonces iré yo a verle a usted. ¿Desde dónde me telefonea?

—De mi propio despacho —dijo—. Pero escuche, míster Forrester, tampoco deseo que usted venga aquí.

Estuve a punto de soltar una inconveniencia antes de replicar:

—¿Dónde entonces?

Una pausa, y ésta fue más larga que la anterior. Al final de ella, G. Campbell adujo:

—Escuche, míster Forrester; por razones que después comprenderá, no deseo que nadie de mi empresa nos vea juntos. Por lo tanto, ¿qué le parece si esta noche a las diez nos vemos en el «Marimba»? Es un…

—Sé dónde está, míster G. Campbell —atajé—. Allí estaré a las diez en punto. Me dio las gracias, se despidió de mí y colgó.

Entonces me retrepé contra el respaldo de mi sillón, lié un cigarrillo y lo encendí, puse los pies sobre la mesa y me dediqué a pensar.

Y ahora no lo hacía en la figura esplendorosa de la chica del calendario, sino en Jim G. Campbell. ¿Qué tripa se le habría roto a un tipo como él para venir a buscar a un «pesquisa» como yo?

Durante más de dos horas continué pensando en todo aquello, sencillo para los demás, pero inconcebible para mí, hasta que finalmente me puse en pie y salí a la calle.

Desde el edificio de oficinas donde tenía instalado mi despacho, Calle 16, hasta el «Marimba», en el 1081 de Broadway tan sólo había veinticinco minutos de camino, andando, por lo que opté, debido a que tenía tiempo más que sobrado, por entrar en un cine.

Ni siquiera pude enterarme de qué trataba la película. Mis pensamientos no estaban a la altura de la cinta, o la cinta no estaba a la altura de mis pensamientos, ya que éstos no se apartaban ni un ápice de Jim G. Campbell.

Abandoné el cinematógrafo a las ocho y media de la tarde y rectamente me encaminé a Broadway, caminando al paso, con los ojos fijos en la abigarrada multitud que se cruzaba conmigo.

Entré en un bar, muy cerca del «Marimba» y pedí un *whisky*. Después con el vaso en la mano me dediqué a mirar en torno. A las mujeres. Pensando en algunas que yo conocía. Como Martha. Jessica, Ruth, y unas cuantas más.

Demasiadas. Puede que por eso mismo me encontrara aún soltero a mis veintisiete años. Puede que por eso no tuviera secretaria en mi oficina, aunque sólo fuera como figura decorativa, como el calendario de marras.

Dejé de pensar en todo aquello cuando una vez más consulté el reloj de pulsera.

Las nueve y cuarenta y cinco. Una buena hora para encaminarse al «Marimba». Una buena hora para entrevistarse con aquel magnate de Wall Street.

Pagué la consumición, abandoné la barra, y después de admirar la profusión con que una de las damas del bar mostraba sus piernas, perfectas hasta la exageración, salí a la calle.

Caminé despacio, deteniéndome bajo la luz de uno de los faroles del alumbrado, para encender un cigarrillo, y con él en los labios,

continué hasta el club nocturno.

Cuando entré, infinidad de parejas bailaban en el centro de la circular y encerada pista.

Sin dejar de mirar en torno me encaminé a la barra y acto seguido me acomodé en uno de los taburetes. Pedí un *whisky*.

Casi lo terminaba cuando a mi espalda oí la voz de una mujer.

—¿Míster Forrester…?

Ladeé el rostro y estuve a punto de caer del banquillo, ya que la chica era un verdadero bombón vestido de negro, si lo que llevaba encima, incluyendo las negras y caladas medias de malla, se podía llamar así.

La miré de pies a cabeza, con todo descaro, y luego repliqué mientras ella sonreía consciente de la admiración que despertaba en mí.

—Efectivamente, preciosa —dije—. Soy Forrester.

—¿Quiere venir conmigo?

La miré más fijamente aún, pero ahora fue a sus ojos, grandes y rasgados. Negros. Lo mismo que debe ser el infierno.

—¿Dónde? —pregunté a mi vez.

Me sonrió. Tenía una maravillosa sonrisa, palabra. Mientras lo pensaba ella se me acercó tanto que pude darme cuenta del suave perfume que usaba. Entonces bajó la voz convirtiéndola en un leve susurro, y replicó:

—Míster G. Campbell le espera a usted en uno de los reservados, míster Forrester. Abandoné el taburete, pagué lo consumido y me volví cara a ella.

—De acuerdo, ricura —dije—. Vamos.

Fuimos, unas veces sorteando las mesas y otras a las parejas que continuaban bailando, hasta que después de atravesar unas espesas cortinas, situadas al fondo del espacioso y lujoso local, me vi frente a un no menos ancho pasillo, tan lujoso como el resto del local, con varias puertas a ambos lados del mismo.

La hermosa mujer que me acompañaba se detuvo entonces. Extendió frente a mis ojos su moreno y bien torneado brazo y susurró:

—La tercera puerta a la derecha, míster Forrester.

Di las gracias y avancé decidido. Empujé la puerta señalada y me vi frente a frente de Jim G. Campbell.

De unos cuarenta y cinco años de edad, alto y fuerte, de pelo entrecano, parecía estar en plena juventud, ya que sus ojos, negros, brillaban acerados al fijarse en los míos, y su rostro, así como todo su cuerpo, parecía estar en pleno vigor juvenil.

Vestía un elegante traje gris, y se encontraba sentado detrás de una pequeña mesa, para dos, frente a dos altas copas y una botella de «*bourbon*».

Ni por un segundo dudó de que era yo la persona que esperaba, ya que extendió el brazo y me señaló la silla que había frente a él.

—Siéntese y sírvase usted mismo, míster Forrester. Lo hice.

Alargué la mano hacia la botella de «*bourbon*» y me serví una generosa ración del mismo. Bebí un poco y después le miré a los ojos. G. Campbell me estaba estudiando mientras que el silencio se tensaba entre los dos. Se espesaba.

CAPÍTULO II

Los segundos empezaron a eternizarle, hasta que finalmente G. Campbell rompió el silencio remante con una pregunta:

—Se estará preguntando para qué le he llamado, ¿verdad, míster Forrester?

—Cierto. Y desde hace horas.

Sonrió, pero su sonrisa pecó de dura.

—De acuerdo —dijo—. Voy a sacarle de dudas yendo directamente al grano. Se trata de uno de mis empleados. Un hombre que murió a consecuencia de un atropello, el conductor de cuyo coche huyó sin que hasta ahora haya sido encontrado por la policía.

—Y usted quiere que le encuentre yo, ¿verdad? —interrumpí.

—Algo de eso hay, míster Forrester, aunque no es por lo que usted supone. Eso, según la policía, fue un accidente. Pero no es así.

—¿No…?

—¡No! —retrucó secamente—. Al parecer, no hay tal. Por lo menos eso es lo que piensa alguien.

—¿Y usted no?

—Yo no entro en esto, míster Forrester. Pero no me interrumpa, por favor. Voy a contarle las cosas a mi modo. Supongo que desde que le llamé usted habrá hecho averiguaciones sobre mí mismo. Por lo tanto no tengo que decirle nada respecto a mis negocios. ¿No es así?

No contesté a su pregunta y en vista de mi silencio G. Campbell añadió:

—Pool Freeman era uno de mis empleados, como ya le he dicho. Según todos nosotros, y al decir nosotros me refiero, naturalmente a nuestro consejo de administración, altos y pequeños empleados,

creíamos lo mismo que la policía, que se trataba de un accidente, hasta que dentro de nuestras oficinas, en las del personal, en los almacenes, y en fin, dentro de todas las dependencias de mi negocio, han aparecido recortes como éste.

Calló mientras introducía la mano en el bolsillo interior de la americana del cual extrajo un papel que me tendió a continuación.

Lo desdoblé.

Era un papel para multicopista, completamente blanco. En él, pegadas al mismo, había varias letras, procedentes de cualquiera de los periódicos editados en Nueva York.

Unas letras que constituían un texto. Un texto que decía lo que sigue:

> LO DEL ACCIDENTE DE POOL FREEMAN ES UNA SUCIA PATRAÑA. NO HAY TAL ACCIDENTE, SINO UN ASESINATO EN TODA REGLA. A FREEMAN LE MATARON PORQUE ALGUIEN, DENTRO DE LA EMPRESA, AL QUE ESTORBABA. LE ATROPELLO CON UN COCHE. UN MODO COMO OTRO CUALQUIERA PARA QUITARSE UN ESTORBO DE EN MEDIO.

No había más. Como cosa lógica, tampoco había firma.

Lentamente doblé el papel y se lo devolví a G. Campbell. Luego hice una pregunta que supongo que él ya esperaba:

—Por lo visto, usted quiere que yo descubra lo que hay de verdad en esto, ¿no?

—Sí. El consejo de administración me está presionando y no tengo más remedio que atenderles. Desean saber la verdad.

—¿Por qué no ha ido a la policía? —pregunté.

—Por una razón muy sencilla, míster Forrester —replicó—. Sus métodos son demasiados lentos. La prueba la tiene en que hasta ahora han transcurrido siete meses y aún no han logrado encontrar al hombre que conducía el coche que le mató.

—O la mujer, ¿no?

Me miró fijamente y replicó:

—Sí, claro. También pudo ser una mujer. ¿Va a hacerse cargo del asunto?

—Hable de ese Pool Freeman, ¿quiere? —repliqué sin contestar

a su pregunta.

—Freeman era uno de nuestros revisores de correspondencia…

—¿Qué quiere decir con eso, míster G. Campbell? —atajé.

—Verá; Freeman se dedicaba a hacer un delicado trabajo entre nuestro personal. Revisaba la correspondencia, y luego nos daba cuenta de las anomalías de redacción y otras cosas que hubiera podido observar, ¿comprende?

Creí comprenderlo al punto y entonces repliqué:

—Eso quiere decir que con la sola palabra de ese Freeman, cualquiera podía ser despedido de la casa, ¿no?

—Sí, claro. Se dieron casos…

Le atajé con un gesto y después dije:

—Por lo visto, cualquiera podía, o cualquiera tenía motivos para eliminarle, ¿no? El trabajo de espía no gusta a nadie, y más tratándose de compañeros de trabajo, míster G. Campbell —afirmé finalmente.

Frunció el ceño, pero no replicó a aquello. Simplemente se dedicó a formularme una pregunta que ya había hecho con anterioridad:

—¿Va a hacerse cargo del asunto, míster Forrester?

—Sí —repliqué ahora sin vacilar—. Pero para ello tendré que moverme libremente dentro de la oficina.

—Ya he pensado en ello. Por eso le he citado aquí. Mi idea es que usted se presente mañana en la sección de personal en demanda de trabajo. Rellenará unos impresos. Éstos irán a mi poder, y pasado mañana, lo más tardar, usted figurará en la nómina de la empresa.

—¿Con qué empleo?

—El mismo que tenía Pool Freeman —declaró fríamente.

La idea no me gustaba en modo alguno e iba a decirle que no, hasta que pensé que una vez dentro de la empresa, tal vez los hechos aconsejaran un traslado a otro departamento.

—De acuerdo —repliqué poniéndome en pie.

G. Campbell me imitó mientras decía:

—¿Cuánto son sus honorarios?

—Cien dólares diarios más gastos, y la consabida, prima al final.
Me miró fijamente durante unos segundos y asintió después.

—De acuerdo, míster Forrester. La prima será de cinco mil dólares. Sé que usted cobra caro, pero también sé que siempre da

buenos resultados.

De nuevo extrajo la cartera y de ella un billete de quinientos dólares.

—Esto como anticipo —dijo—. ¡Ah! Téngame al corriente todos los días de lo que vaya averiguando.

Me tendió la mano que estreché, replicando:

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

No me acompañó a la puerta cuando abandoné el reservado. Tampoco volví la cabeza cuando atravesé el local, ni miré a la mujer que ahora actuaba en la circular pista, y eso que ya tenía referencias de ella por los diarios y revistas.

No hice nada de eso. Simplemente salí a la calle, atravesé Broadway en toda su anchura y me encaminé a uno de sus muchos bares, en la acera opuesta a donde se encontraba el «Marimba».

Entré en él y pedí un *whisky*. Mientras me lo servían me encaminé a una de las cabinas telefónicas. Levanté el auricular y disqué.

Durante unos segundos oí la señal de llamada hasta que al otro extremo del hilo sonó la voz de Larry Durgan.

—Hola, Larry —dije apenas si preguntó quién llamaba—. Soy Lex. ¿Tienes algún asunto pendiente? Si es así déjalo. Necesito de ti.

Hubo unos segundos de silencio mientras Larry pensaba la respuesta que debía darme. Al fin lo hizo:

—Escucha, Lex —empezó—; lo siento, pero ahora estoy muy ocupado. Si no te sabe mal…

—¡Déjate de cuentos! —atajé—. Si lo que pretendes con esa mentira es que te pague más por tus servicios, estas fresco.

Se escandalizó.

¡Pero, Lex! —dijo—. ¿Por quién me tomas? Yo soy tu amigo, ¿no?

—Hasta cierto punto, Larry. Bueno, ¿qué hay de mi proposición? Piénsalo, pero enseguida. No pienso estar perdiendo el tiempo contigo toda la noche.

Vaciló. Yo sabía por qué. Larry era así. Sabía la forma de sacar un dólar extra a cualquiera, pero por aquella vez esto no le iba a servir conmigo.

Esperé unos segundos y añadí:

—De acuerdo, Larry. Buscaré a otro, siguiendo tu consejo.

—¡Eh! ¡Espera, Lex! Estoy pensando, ¿sabes? Tal vez pueda dedicarte un par de horas o tres. ¿Será suficiente?

—¡Nada de eso, Larry! Si quieres trabajar para mí tendrás que empezar ahora mismo, y el asunto te llevará algo más de un par de horas. Por lo tanto…

—¡De acuerdo, Lex! ¡Lo haré! ¿De qué se trata ahora? Repliqué con la verdad.

—Aún no lo sé en concreto, Larry. Simplemente debes averiguarme todo lo que haya sobré un tal Jim G. Campbell. De Wall Street.

—¡Cuernos, Lex…!

—Espera —atajé—; aún hay algo más. Quiero también todo lo referente al caso de Pool Freeman. Freeman murió atropellado por un coche y la policía aún no ha podido encontrar al hombre o mujer que conducía el coche que le mató. ¿Comprendes? Busca todos los datos posibles de ese accidente, y tráemelos. Te espero mañana a las doce en mi despacho.

—¡Pero, Lex! Eso es completamente imposible. Me llevará mucho más tiempo…

—Lo siento, Larry, pero es todo lo que puedo esperar. Vaciló de nuevo, unos cuantos segundos, y luego dijo:

—Lo intentaré. Ahora hay otra cosa. Respecto a mis honorarios…

—Treinta dólares más gastos, y mil al terminar, si me satisface tu trabajo. Vaciló por tercera vez. Luego soltó la pregunta:

—Oye, ¿y tú, cuánto ganas en esto?

—Eso es algo que no te importa. Limítate a trabajar que lo demás es asunto mío.

—¡Eres un…!

Colgué antes de que terminara la frase y regresé a la barra. Empecé a beber el *whisky* a pequeños sorbos.

Pensaba. Y ahora no lo hacía en ninguna de las mujeres que yo conocía. No pensaba en mujer alguna: de haber sabido lo que se me venía encima, jamás hubiera aceptado el caso.

Trescientas mujeres son demasiadas para cualquiera, palabra.

No pensaba en otra cosa que en aquel extraño caso que me había planteado G. Campbell, de los Campbell de Wall Street.

Un accidente, si es que se puede llamar así, que alguien,

desconocido también, lo había transformado en un asesinato. ¿Quién? Indudablemente uno de los miembros de la empresa de G. Campbell.

Pero ¿qué intentaba con aquello? ¿Qué buscaba? ¿Acaso hacer saltar al asesino? Si era así, ¿qué interés tenía en ello?

Esto era algo que no me entraba en la cabeza. El trabajo que Pool Freeman había realizado dentro de la vasta organización de G. Campbell, era ingrato en demasía.

Un trabajo que le habría creado infinidad de enemigos. Hombres y mujeres. Cualquiera de ellos pudo matarle tal vez por esto, o por otra causa cualquiera que ahora no estaba al alcance de mis ideas.

El asunto era bastante peliagudo. Ni siquiera me cabía la posibilidad de buscar huellas digitales en el papel donde habían escrito el anónimo con letras recortadas de un periódico.

Tanto el propio G. Campbell como varios miembros del llamado consejo de administración lo habrían tocado y estaría tan lleno de ellas que sería materialmente imposible hacer nada a este respecto.

Sin dejar de pensar terminé mi *whisky*, pedí otro, que también bebí pensativamente, pagué después, y luego salí a la calle.

Avancé lentamente por la ancha acera, hundiéndome más y más entre los tubos neón, luces multicolores, anuncios luminosos, hasta que opté por tomar un taxi y me hice conducir a mi apartamiento.

Cuando entré en él no pensaba en G. Campbell, sino en la chica del calendario de mi oficina. Una chica que tenía tantas cosas encima como Jessica o Martha, pero en «bikini», claro.

Sin dejar de pensar en ellas, me di una ducha y me fui a dormir.

CAPÍTULO III

Wall Street.

Desde él «Cadillac» contemplé la inmensa mole del edificio donde G. Campbell tenía su sede. Descendí de él y rectamente me encaminé hacia la amplia y acristalada puerta giratoria donde un río de gente entraba y salía por ella a cada minuto.

Hice lo propio. Ante mis ojos se ofreció un amplio y lujoso *hall*, tan grande como las Montañas Rocosas, sólo que en llano, o un poco menos. Sí, tal vez un podo menos.

Miré en torno, vacilando sobre lo que tenía que hacer. Calculando cuál de los seis ascensores o cuál de las seis escaleras me llevaría al piso donde yo quería ir.

Entonces fue cuando vi a aquel tipo. Grandote, basto, de pelo completamente blanco y de semblante arrugado y noble, enfundado en un galoneado uniforme.

Me encaminé hacia él.

—¿La oficina de personal?, —pregunté.

Me miró curiosamente, de pies a cabeza, y me señaló uno de los ascensores que ahora empezaba a subir rápidamente.

—Por aquel ascensor, piso décimo. Apartamiento 16, letra F. Ya verá el letrero en la puerta.

Di las gracias y resueltamente me encaminé hacia el ascensor.

Esperé a que bajara y después, entre multitud de personas me acomodé en él, hasta el décimo piso.

Un ancho pasillo, como la carretera 21, e infinidad de puertas a arabos lados del mismo. Busqué la correspondiente a la letra F.

PERSONAL. —ENTRE SIN LLAMAR, ESTA ABIERTO

Eso es lo que decía, y eso es lo que hice yo. Empujé la puerta.

Era un salón inmenso, que separaba la puerta del mismo con un largo mostrador, lleno de ventanillas.

Busqué la correspondiente y me coloqué en cola. Y fueron diez los cigarrillos que me fumé antes que me tocara el tumo. Finalmente me vi frente a la ventanilla, y al instante perdí el resuello.

Las piernas eran de ensueño. La mujer también, y se estaba arreglando las medias. Bueno, no es eso exactamente. Debió engancharse con algo y se había hecho una «carrera» desde el muslo hasta media pantorrilla.

Era pelirroja y los ojos los tenía de un verde intenso, aunque esto no lo supe hasta que me miró. Su fachada se podía comparar con la de la chica de mi calendario, aunque un poco menos.

Inicié un carraspeo.

La chica volvió el rostro, se dejó caer la falda, se ruborizó, y se acercó a la ventanilla. Entonces tuve la oportunidad de admirar aquel hermoso rostro y lo que había debajo del mismo, que no era poco.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Colocación. Supongo que podrá darme uno de esos impresos, ¿verdad, monada?

No replicó. Giró en redondo y me di cuenta que de espaldas a mí, era tanto o más hermosa que de frente. Al parecer, G. Campbell tenía los mismos gustos que yo, tratándose de mujeres.

Me entregó unos impresos que rellené ante su atenta mirada. Después, al concluir, levanté los ojos y la miré. Su expresión había cambiado. Y supe, aunque no me lo dijo, el porqué de su cambio de expresión.

A la chica tampoco le gustaban los espías. El empleo que yo solicitaba no era de su gusto. Puede que con él, yo estuviera haciendo oposiciones a una tumba.

Una tumba como la que había tenido Pool Freeman.

—¿Cuándo debo volver por la respuesta, monada? —pregunté en vista de que ella continuaba mirándome en silencio.

Vi cómo fruncía el entrecejo mientras en sus ojos aparecía algo extraño, como si se molestara por lo de «monada», o como dije antes, por el empleo que solicitaba.

—Puede volver el lunes o el martes de la semana que viene —replicó.

Me volvió la espalda, la admiré de nuevo, y di media vuelta para ir a la calle.

Seis o siete días eran muchos, según los deseos de G. Campbell. Yo sabía que al día siguiente entraría a trabajar en aquellas grandes oficinas para buscar algo que bien podía tratarse de una aguja en un pajar, como dice un viejo adagio.

Alcancé la calle pensando en Jessica.

Me gustaba hablar con Jessica. Me gustaba todo lo que Jessica tenía encima, que era mucho, y repartido en los sitios convenientes. Sí, me gustaban las cosas de Jessica.

Consulté el reloj.

Era una buena hora. Por lo tanto atravesé la calle, empuñé el volante y conduje despacio hacia el número 580 de la West Street, esquina con la Greenwhick Avenue.

Utilicé el ascensor hasta el décimo octavo piso y me detuve frente al apartamiento 10, letra C. Pulsé el zumbador de la puerta.

Esperé unos cuantos segundos y finalmente oí un rápido y vivo taconeo. Unos segundos más y la puerta se abrió frente a mí.

Una escotada blusa donde las redondeces superiores jugueteaban sueltas y unos cortísimos «*shorts*»… y todo aquello me cayó encima llevando dentro a Jessica.

Al instante noté sus dedos en mi nuca y el fuego de sus besos y caricias, todo esto en el mismo umbral de la puerta.

Luego se apartó un poco de mí y me miró sonriendo. Sonriendo como solo sabía hacerlo ella.

—¡Oh, Lex, querido!

Me prendió del brazo y tiró de mí hacia el interior del apartamiento. Al hacerlo vi pasar por mi lado su maravillosa, larga y bien torneada pierna derecha, completamente desnuda, cuando dio, un puntapié a la puerta para cerrarla encajando el pestillo.

Después, casi en el acto, de nuevo noté las cosquillas de sus dedos en mi nuca y el fuego de sus labios sobre los míos. Luego me dejé arrastrar por ella hacia el *living* donde me dejé caer sobre el amplio y cómodo sofá.

—Espera, que voy a prepararte algo de beber, querido.

Aquélla era de las cosas que también me gustaban de Jessica.

Estaba atenta a los menores deseos míos. Los adivinaba con una maravillosa intuición.

No repliqué y ella se alejó de mi lado moviendo sus maravillosas piernas y contoneando las caderas. La miré.

Había conocido a Jessica… Bueno, eso no importa ahora. Lo cierto es que Jessica era una de esas mujeres que lo tienen todo. Alta y bien formada. Su fachada era imponente en todos los aspectos. Sus cosas también.

Morena. De pelo negro, brillante, cortado muy corto, y rizado, dejando al descubierto su amplia y tersa frente y su cuello de cisne. El busto altivo, orgulloso, estrecha la cintura, maravillosas las caderas y las piernas… De campeonato.

Jessica era bailarina. Una de las bailarinas del «Pinacle», tres cuadras más abajo del «Marimba». Otro de los más famosos clubs nocturnos de esa moderna y loca Babel que se llama Broadway.

Regresó a mi lado llevando su maravillosa sonrisa, tanto en los ojos profundos, rasgados y negros, como en su boca sensual de labios gruesos y furiosamente rojos.

Se sentó a mi lado y me alargó uno de los dos altos vasos que llevaba en las manos y acto seguido extendió frente a mis ojos la hermosura de sus piernas, lo que no contribuyó precisamente aclarar mis ideas.

Bebió un poco, imitándome a mí.

—Bien, Lex —dijo después mirándome fijamente—, ¿qué te ocurre esta vez?

La miré con gesto suspicaz. Jessica, con sus veintidós años, era una de las mujeres más inteligentes que yo había conocido. Era eso, o simplemente se trataba de que ella era la que me conocía a mí, mucho mejor que yo mismo.

Pregunté a mi vez:

—¿Quién te ha dicho que me pasa algo, preciosa? Me dedicó una dulce sonrisa.

—Nadie —replicó después de la misma—. Pero creo conocerte bien, pesquisa. ¿Otro lío de los tuyos?

Sonreí a mi vez. Siempre me había gustado discutir mis problemas con Jessica a pesar de que nunca, como dije anteriormente, deseara complicarme la vida con las mujeres.

Pero Jessica era diferente en todos los aspectos. Hacía bastante

que la conocía, y sabía que ningún hombre, a no ser yo, había pisado los umbrales de su apartamiento.

Eso no quiere decir nada, pero era de agradecer.

—Me ha caído un asunto en Wall Street —repliqué después de una breve vacilación—. Con uno de esos grandes genios de las finanzas. Con un tal G. Campbell. ¿Has oído hablar de él?

—¿Y quién no, querido? —preguntó a su vez—. Incluso le conozco, aunque de vista. Lo mismo que a su mujer. Una rubia explosiva quince años más joven que él. ¿Es que se ha ido con otro y ahora, después de los años, quiere, buscarle las cosquillas al tipo?

La miré fijamente, y luego solté la pregunta ante su mirada un tanto divertida:

—¿Qué quieres decir con tus palabras?

Bebió un poco ante mi mirada interrogativa y luego soltó una corta y alegre carcajada.

—Belle G. Campbell es una mujer envidiable en todos los aspectos, para los hombres de tu edad, Lex —dijo siempre con un retozo de risa en sus adorables labios—. Le gusta ayudar a los jóvenes, ¿comprendes? Han sido muchos; o por lo menos eso es lo que se dice de ella. Y el caso es que míster G. Campbell lo sabe.

Me dejó de una pieza.

—¿No crees que estás exagerando, muchacha? —pregunté después de esta reflexión. Rió de nuevo y se me acercó aún más.

—No, querido. Y si quieres que te diga la verdad, estoy celosa. Lo estoy desde que sé para quién vas a trabajar. ¿Sabes por qué? Porque *mistress* G. Campbell intervendrá más tarde o más temprano, cuando vea que un hombre como tú está trabajando en favor de su esposo.

Fue entonces, y ante aquellas palabras, cuando a mi mente acudió aquella idea.

Pregunté al respecto, y de una pregunta a otra fue transcurriendo el tiempo. Hasta que consulté el reloj, y al hacerlo me acordé de Larry Durgan.

Entonces me puse en pie. Larry debía estar esperándome desde hacía rato. Pensaba en esto cuando noté cómo Jessica tiraba de mí.

—Por favor, Lex —susurró mientras yo la miraba—, no te vayas. No…, por ahora. Es demasiado pronto. Muy pronto, querido…

Y aquello fue mucho peor. Para Larry Durgan, aunque nunca

para mí.

CAPÍTULO IV

—¡Maldito seas, Lex! ¿Pero qué te has creído? —estalló apenas me vio entrar en mi despacho.

Éste era Larry, aunque en aquella ocasión le sobrara la razón ya que eran cerca de las seis de la tarde cuando yo me presenté frente a él.

—Al grano, Larry —atajé secamente—. ¿Qué has averiguado?

Durgan era un individuo pequeño, de talla algo inferior a la normal, de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, pelo entrecano, ojos grises, igual que los míos, y extremadamente delgado.

Se puso en pie de un salto y sus grises ojos brillaron malignamente cuando los fijó en los míos.

—Aunque me pagues —borbotó—, nada te da derecho a hacerme esperar durante tanto tiempo. Llevo horas aquí, mortalmente aburrido. ¿Dónde has estado hasta ahora? Apuesto que en compañía de cierta bailarina, ¿no?

Arqueé una ceja.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—No lo sé —replicó fríamente—, pero sé que en tu vida hay una bailarina. Algo nunca visto. Y no está bien que por…

—¡Está bien, Larry! —atajé—. ¿Qué noticias traes?

Soltó un bufido y se dejó caer sobre el sillón que antes ocupaba. Luego empezó a hablar:

Poco más o menos, Larry contó todo lo que yo ya sabía por mediación de G. Campbell. Terminó diciendo:

—La que es algo serio es su mujer, Lex. Belle G. Campbell, ¿sabes? Una rubia despampanante como he visto pocas, chico. Amiga de proteger a los jóvenes. —Me miró con aire socarrón y

añadió—: Tu edad entra en la de sus gustos, muchacho. Tal vez, ahora que trabajas para su marido, te interese dejarte proteger por ella a pesar de esa bailarina.

Estuve a punto de mandarle al diablo, pero no lo hice. En su lugar pregunté:

—¿Alguno en particular, Larry?

—¡Ha habido tantos!

—Continúa investigando por esa parte.

Me miró dubitativo durante unos cuantos segundos.

—¿A dónde nos conduce esto, Lex? —preguntó.

—Francamente no lo sé —repliqué—. Puede que a ninguna parte, pero me gustaría, saber vida y milagros de esa dama, desde su más tierna infancia —terminé con ironía.

—De acuerdo, Lex —me replicó Larry—. Tú eres el que paga. Si quieres tirar tu dinero… Sin terminar la frase se puso en pie dando por terminada la conversación. No le detuve. Dejé que se marchara. Después abandoné la oficina y fui a un «*snack* bar» donde consumí un par de bocadillos con cerveza.

Hecho esto empuñé el volante y me encaminé al «Pinacle» con ánimo de encontrarme con Jessica Mac Dugal.

Durante mucho tiempo, entre *whisky* y *whisky* estuve contemplando sus piernas y sus evoluciones sobre la encerada pista y luego, cuando terminó, la llevé a su apartamiento.

* * *

—¡Suéltame, loco!

Eso fue lo que dijo a la mañana siguiente cuando en la cocina la prendí por la cintura y la atraje hacia mí mientras preparaba el desayuno. Pero no la solté.

Besé una de sus bonitas orejas y ella ladeó el rostro ofreciéndome los labios. Después desayunamos en silencio, y media hora más tarde me despedí de ella.

Jessica me acompañó a la puerta. Ya en ella preguntó:

—¿Cuándo te veré, amor…?

—Confieso que no lo sé, pero intentaré estar en contacto contigo —repliqué, diciendo, aunque sólo fuera por una vez, la verdad de lo que sentía.

La besé, como cosa lógica, y después salí a la calle. Una hora más tarde me encontraba en el despacho de G. Campbell con éste frente a mí.

—Venga conmigo, míster Forrester —fue lo que dijo. Fui tras él.

El primero a quien me presentó fue a Joel Stillman. Un hombre relativamente joven. Rubio y de ojos intensamente pardos. Tan oscuros que daban la sensación de ser negros. Elegante en el vestir, un poco más bajó que yo, fuerte y elegante en sus maneras.

Stillman era jefe de personal de la vasta organización.

Luego, seguidos de éste, fuimos a ver a Joss Tótem, jefe del departamento de importación y exportación.

Tótem era *ya* de alguna edad. Su pelo, completamente blanco, infundía respeto. Era de estatura algo superior a la normal, y andaba un tanto encorvado, mirando siempre de través con sus ojillos pequeños y melados, lo mismo que si un oculto temor le impidiera hacerlo de frente.

Después vino el jefe del departamento de revisión de correspondencia. El hombre que tenía que ser mi jefe mientras permaneciera dentro de la empresa.

Se llamaba Chuck Morrison, tenía treinta y siete años, cinco más que yo, y era tanto o más alto que mí mismo, y casi tan corpulento. Su pelo era completamente negro y sus ojos, en hombre, me recordaron los de Jessica en mujer.

G. Campbell me llevó de un lado para otro, hasta que dos horas más tarde me vi de nuevo frente a él, en su despacho, completamente solos los dos.

—¿Qué le han parecido mis colaboradores? —preguntó de inmediato.

No pensé ni un solo segundo la respuesta que debía de dar. Entonces repliqué:

—Aún es pronto para hacer conjeturas respecto a nada. ¿No lo cree usted así, míster G. Campbell?

No me replicó de momento. Cuando lo hizo fue ya en pie, frente a mí, y lo hizo con algo que yo no esperaba:

—Ahora puede presentarse a míster Morrison. El le dirá cuál es su trabajo. Claro que en sentido figurado. Me entiende, ¿no? Cuando usted llegue a su departamento ya le habré telefoneado yo. ¡Ah! Y no lo olvide; hasta nueva orden, tiene carta blanca para

todo.

No repliqué.

Di media vuelta y abandoné el despacho pensando en Belle G. Campbell y en la chica de mi calendario. ¿Sería Belle como ella? Si era así, podía darme por satisfecho.

Pensaba en ello cuando frente a mis ojos apareció Alvia Mulligan. Alvia no tenía más de diecinueve años y era todo cuanto una criatura puede tener a los pocos años de…

Bueno, era pelirroja, y mis ojos la miraron embobados desde la altura de los senos hasta las punteras de sus zapatos de alto tacón, pasando por sus hermosas piernas cubiertas de nylon.

Y comprendí que G. Campbell la había llamado por mediación de cualquier timbre cuando le oí decir, a mi izquierda:

—Acompañe a míster Forrester con míster Morrison, *miss* Mulligan.

Fueron vanos todos los empeños que hice para sacar una sola palabra de su hermoso cuerpo de sirena. Tan sólo se limitó a mirarme de través, hasta que nos detuvimos frente a la puerta del despacho de Morrison.

—Que tenga suerte, míster Forrester —dijo rompiendo el silencio por primera vez. Giré el rostro para mirarla, pero Alvia había dado media vuelta y se alejaba de mí sin volver la cabeza.

Entré en el despacho. Morrison estaba en pie, detrás de la mesa, mirándome por encima del cristal de sus lentes de trabajo.

—Pase, Forrester —dijo.

Lo hice y él añadió entonces, e innecesariamente:

—Así que usted es el nuevo empleado, ¿no?

Asentí en silencio preguntándome dónde quería ir a parar con aquella tonta pregunta, y de nuevo añadió:

—Tendrá trabajo, Forrester. Aquí se escriben a diario muchas cartas y el verificarlas todas requiere tiempo. Mucho tiempo, y prácticamente está usted solo.

Arqueé una ceja. Morrison me estaba llevando, sin proponérselo, a un terreno que me interesaba.

—¿Que estoy solo? —pregunté—. ¿Por qué? Morrison hizo una mueca.

—Había tres hombres encargados de la correspondencia, Forrester. Sin saber las causas, dos se despidieron. El otro…

Calló interrumpiéndose, pero yo no deseaba tal cosa. Por lo tanto pregunté:

—¿El otro…?

Vaciló unos segundos antes de replicar y después lo hizo.

—Murió. Alguien le atropelló.

—¿Cómo fue? —pregunté procurando que en el tono de mi voz no se notara la enorme curiosidad que sentía.

—No lo sabemos…

—¿Que no lo sa…? —atajé interrumpiéndole. Pero él me atajó a su vez replicando:

—No. Tan sólo la versión de la policía. Ellos dicen que el conductor se dio a la fuga. Que fue un accidente.

Vacilé ahora pensando en los pros y los contras que tendría mi siguiente pregunta, y la hice:

—¿Y usted no, míster Morrison?

Sonrió por primera vez desde que estaba hablando con él.

—Claro que sí —me replicó—. Yo no soy quien para decir lo contrario…

Se interrumpió de nuevo, vacilando, como si deseara decir algo más, pero continuó callado. Yo tampoco me atreví a preguntar nada más, sabiendo que si lo hacía podía muy bien hacerle pensar que yo no era en realidad lo que aparentaba ser dentro de aquella empresa.

Como en sueños, mientras que mis pensamientos divagaban por entre aquella situación tan extraña en que me encontraba, le oí decir:

—Puede empezar cuando quiera. Recoja toda la correspondencia, tráigala aquí, y entre los dos la revisaremos esta tarde.

—Eso llevará poco tiempo —aduje—. Creo que podremos revisarla esta misma mañana.

Sonrió, y su sonrisa me dijo que sé estaba burlando de mí.

—Ya se dará cuenta que no es tan sencillo como supone, Forrester —replicó después de la misma.

—Be acuerdo. ¿Por dónde debo empezar?

Me dio unas cuantas indicaciones y abandoné el despacho. De nuevo me vi en aquel amplio y lujoso pasillo. Miré a ambos lados y finalmente me decidí por la puerta que Morrison me había indicado.

La empujé.

Crucé el umbral, y perdí el resuello.

¿Han visto ustedes alguna vez una nave, grande, inconmensurable, más larga que ancha, llena de mesas con máquinas de escribir, y frente a cada máquina una mujer hermosa y joven?

¿No? Pues se han perdido lo mejor, aunque a mí me asustó.

Había por lo menos sesenta o sesenta y cinco, y el ruido de las máquinas, en su rápido tableteo, era espantoso. Por lo menos eso es lo que me pareció a mí en aquel momento.

Indeciso permanecí durante más de medio minuto, completamente inmóvil en el umbral de la puerta, hasta que repentinamente me dije que más tarde o más temprano tenía que empezar, y que aquel momento era tan bueno como otro cualquiera.

¡Tenía que justificar mi sueldo en la empresa de G. Campbell!

Avancé con ademán resuelto, pero en el fondo preocupado hacia la mesa que estaba más cercana a mí. La muchacha era rubia.

—¿Quiere darme la correspondencia? —pregunté forzando una sonrisa.

No se dignó mirarme. Alargó su mano rematada con largas uñas nacaradas y silenciosamente me señaló un montón de sobres y papel mecanografiado que había encima de la mesa.

Las tomé, y sin decir una palabra me alejé hacia la más cercana a ella. La operación, sin variante alguna, se repitió durante un largo espacio de tiempo, hasta que media hora más tarde llegué tal vez a la que hacía cuarenta o cuarenta y cinco mesas, llevando un buen montón de cartas y papel que apenas si podía sostener con las dos manos.

La chica, de unos veinte o veintiún años, era de lo más hermoso que yo había visto. Rubia también como debía de serlo Belle G. Campbell. Alta, con una fachada tan imponente como yo no había visto otra en mucho tiempo.

Los ojos eran azules. De un azul purísimo. Ojos que clavó en los míos mientras que sus labios rojos y gruesos trazaban una dura línea.

—Usted es el que viene en sustitución de Pool Freeman, ¿no?

Sonreí un tanto alentado por la pregunta, pero el gesto de aquel

hermoso rostro no cambió por ello.

Sí. Claro. Oiga, preciosa, ¿qué les pasa a sus compañeras? Hasta ahora ha sido usted la única que me ha hablado.

La expresión de sus ojos se hizo dura en extremo.

—A nadie le gustan los espías —replicó fríamente.

—¿Y a usted sí? —pregunté rápidamente.

—A mí tampoco. Tal vez menos que a nadie.

—Sin embargo, hasta ahora…

—¡Sí, ya lo sé! —me atajó—. Pero eso no quiere decir nada. Nada, como no sea manifestarle mi desprecio.

La miré atentamente por espacio de varios segundos y ella no desvió sus ojos de los míos. Después pregunté lentamente:

—¿Se da cuenta de que puedo ir a la dirección y decir cuál es su actitud, monada? No creo…

Me interrumpí cuando la vi sonreír burlonamente.

—¿Usted cree? —preguntó—. Pues hágalo. Será su palabra contra la mía. Y ahora váyase, que tengo trabajo.

La miré largamente, pero no dije nada. Di media vuelta, atravesé la nave notando a mi espalda incontable número de ojos femeninos, y llevé al despacho de Morrison la correspondencia que había podido recopilar de una sola vez.

Luego regresé de nuevo a la sala para dar otro viaje, y el resto de la mañana la pasé junto a mi jefe hasta la hora de comer.

Salí con los demás buscando con los ojos a la rubia. Deseaba abordarla fuera como fuese, pero Joel Stillman dio al traste con mis propósitos.

CAPÍTULO V

Stillman se me acercó sin que yo le viera. Y confieso sin rubor alguno que me sobresaltó un poco cuando le oí preguntar a mi espalda:

—¿Quiere comer conmigo, Forrester? Aquí, una cuadra más abajo, hay un buen restaurante, donde se coiné bien y por poco precio.

Antes de que hubiera terminado de hablar, ya me había vuelto para mirarle.

—¿Por qué no? —pregunté a mi vez, mientras in mente me preguntaba a qué se debería aquella amabilidad por parte del cuñado de G. Campbell.

—Entonces vamos.

Nos pusimos en camino, en el más completo silencio, y también en silencio consumimos más de la mitad de la comida. El, tal vez sumido en sus pensamientos, que nada tendrían que ver conmigo, y yo pensando en muchas, muchísimas cosas.

Repentinamente Stillman rompió el silencio reinante sorprendiéndome con una pregunta:

—¿Le gusta su trabajo, Forrester? No vacilé en dar la respuesta.

—Sí. Es mucho más fácil que lo que creía.

Terminó con el bocado y entonces me miró fijamente.

—No me está usted diciendo la verdad, Forrester —afirmó.

—¿No? ¿Puedo saber por qué, míster Stillman?

Dejó el tenedor sobre el plato, pulcramente se limpió la boca con la servilleta y entonces me replicó:

—Porque estoy seguro de que usted no es de la categoría moral de Pool Freeman.

Le miré fijamente. ¿Una trampa para saber si verdaderamente

era yo lo que aparentaba ser? Si era así, ¿era él el que había mandado aquellos anónimos al personal de su propia empresa?

Sin contestarme a ninguna de estas dos preguntas, ya que por el momento eran incontestables, dije:

—¿Quién era Pool Freeman?

Me miró fijamente y vi un inusitado brillo en sus ojos. Algo muy parecido a la cólera, y que sólo duró un escaso segundo. Pero su voz no se alteró cuando preguntó, casi inmediatamente después:

—¿Quiere decir que no sabe quién era Freeman?

—Eso es exactamente lo que he dicho. ¿Quién era? Me miró ahora dubitativo y masculló:

—El último empleado que teníamos en la sección de revisión de correspondencia. Usted le sustituye.

—¿Se dio de baja de la empresa? Sonrió, y su sonrisa no me gustó.

—No. Le dieron de baja, que no es lo mismo.

—¿Qué quiere decir?

No replicó de momento. Se limitó a comer en silencio, y yo opté por hacer lo propio, luchando contra las ganas que tenía de continuar preguntando.

Pero de nuevo me sorprendió cuando menos lo esperaba.

—A Pool Freeman le encantaba su trabajo. Le gustaba hacer daño. Alguna que otra muchacha fueron despedidas por su causa, y un par de hombres también. Por otra parte, era un mujeriego empedernido. No, no era bueno —hizo, una pausa y añadió antes de que yo pudiera decir nada—: Le atropelló un coche hará unos siete u ocho meses. La policía dijo que era un accidente, aunque el conductor del vehículo se dio a la fuga.

Nos miramos de frente, silenciosos los dos, hasta que rompí el silencio diciendo:

—Supongo que será la verdad. Cuando la policía lo dice… Se encogió de hombros sin replicar, y entonces añadí:

—¿Usted no lo cree así, míster Stillman?

Desvió los ojos de los míos, sonrió, y dijo sin mirarme:

—¡Claro que no! Le mataron. El atropello fue intencionado. Incluso, fíjese bien, yo mismo podría señalarle quién es el asesino, sin temor a equivocarme.

Me dejó de una pieza. Tanto es así que por espacio de unos

cuantos segundos no supe qué replicar, y cuando fui a hacerlo, se me adelantó con una burlona pregunta:

—¿Sorprendido, Forrester?

—Confieso que sí —repliqué rápidamente—. Y siendo así, ¿por qué no lo declaró a la policía?

—No sea ingenuo, Forrester. ¿De qué me hubiera servido sin prueba alguna?

No repliqué de momento. Aquello que afirmaba ahora podía o no podía ser verdad. También podía ser él quien envió, como ya había pensado antes, los anónimos al personal, con ánimo de levantar la liebre.

—Se ha quedado muy callado, Forrester —dijo inopinadamente —. ¿Por qué? Mirándole fijamente indiqué:

—Estaba pensando, me estaba preguntando, cuál es el verdadero motivo que le mueve a usted a contarme todo esto. A un hombre que apenas si hace cuatro horas que ha empezado a trabajar para usted.

Me respondió con otra pregunta:

—¿De verdad que no lo sabe usted, Forrester?

—No —repliqué secamente. Mucho más secamente de lo que realmente hubiera deseado.

—Entonces es usted mucho más imbécil de lo que yo creía, amigo.

—¿Debo entender eso como un cumplido, o como un insulto, míster Stillman?

Habíamos acabado de comer cuando formulé la pregunta y la hice cuando él ya se estaba poniendo en pie.

—¡Tómelo como quiera, Forrester! —replicó yendo ya hacia la puerta—. No tengo la culpa de que usted no quiera ver las cosas como son en realidad.

Antes de que pudiera replicar o detenerle, Stillman ganó la puerta y salió a la calle. Encendí un cigarrillo antes de pedir la cuenta. Luego pagué, lo mío, y regresé a la calle.

Lentamente me encaminé hacia el enorme edificio de oficinas, sede de G. Campbell, donde pasé el resto de la tarde en compañía de Morrison.

No pude ver a mi rubia. No pude esperarla ya que tuve que quedarme un poco para redactar mi informe a G. Campbell, en el

cual no olvidé la conversación que había sostenido con Stillman.

Hecho esto introduje el original en un sobre, guardando una copia para mí, lo llevé a su destinatario y después salí a la calle.

Conduje el «Cadillac» hacia el «Pinacle» dispuesto a ver a Jessica, y con ella todas sus cosas.

Me acomodé en la barra y pedí un *whisky*. Mientras lo bebía ella actuó en la encerada pista arrancando exclamaciones de entusiasmo en el público, y al terminar, entre los aplausos y aclamaciones vino a mí y se encaramó en el taburete que había al lado del que yo ocupaba.

Extendió las hermosas piernas frente a mis ojos, ahora cubiertas por medias de malla caladas, y mirándome murmuró:

—No te esperaba esta noche, querido.

—Si tienes algún compromiso… —empecé. Pero me atajó en seco:

—Para mí solo existes tú, Lex, cosa que ya deberías saber. —Hizo una pausa para pedir un *whisky*, y después, mirándome a los ojos añadió—: Me vas a llevar a casa cuando termine mi actuación, ¿no?

Sonreí. Jessica lo deseaba tanto o más que yo.

—¿Tú qué crees? —pregunté.

Riendo se llevó el vaso a sus adorables labios y bebió lentamente hasta mediar el vaso. Luego saltó del taburete al suelo y alargó su bien torneado brazo derecho para tomar de nuevo el vaso.

Lo apuró de un trago, me sonrió y dijo:

—Ya que me vas a esperar, querido, debo decirte que no me mostraré celosa si entretienes la espera con otra, bailando por ejemplo.

Fui a mandarla al infierno, pero Jessica, riendo, se alejaba de mí en dirección a los caros cortinajes que separaban la escalera que conducía a los camerinos, del resto del local.

Dudé entre seguirla o no, y opté por lo último. Por lo tanto dediqué mi atención al caso de *whisky* y empecé a beber de él.

Unos segundos más tarde mis pensamientos evolucionaban hacia Joe Stillman y la conversación sostenida con él durante la comida. Al parecer, todo hacía presumir que él sabía quién era yo. Si era así, ¿cómo lo había averiguado?

La respuesta no podía ser más sencilla. G. Campbell estaba

casado con su hermana. G. Campbell era por lo tanto el hombre que se lo había dicho.

Aquello no me gustaba. Por lo tanto, pensé que sería buena cosa tener una conversación con él, al día siguiente, con objeto de poner todas las cartas sobre la mesa. Me gustaba saber cuál era el terreno que pisaba.

Fue entonces, al pensar en aquello, y por una rara asociación de ideas, cuando pensé en Larry. Entonces abandoné la barra, me introduje en una de las seis cabinas telefónicas que tenía el «Pinacle» y disqué su número particular.

Pero Larry tampoco estaba allí. Ni en mi oficina, esperándome, como ocurría casi siempre. Tampoco estaba en ninguno de los lugares que solía frecuentar.

Maldiciendo entre dientes abandoné la cabina y regresé a la barra donde pedí un nuevo *whisky*, justo en el momento en que Jessica hacía su segunda aparición en la pista.

Me lo bebí de un trago, ya que merecía la pena hacerlo. Pero ¿por qué describir cómo estaba?

Pero esto se quedaba para mí, como tal vez se quedara para todos cuantos la estaban contemplando en aquel momento. Luego pedí otro, y esperé.

Eran las dos y cuarenta y cinco minutos de la madrugada cuando ambos abandonábamos él «Pinacle», llevándome ella del brazo, media hora más tarde de terminarse el espectáculo.

La calle estaba desierta cuando ambos empezamos a cruzarla en dirección al «Cadillac», silenciosos los dos, ella pensando en no sé qué, y yo sumido en un verdadero caos de pensamientos cada cual más contradictorio.

Llegábamos a la mitad de la misma cuando empezaron a ocurrir cosas.

Al pronto no le vi. Y tal vez no le hubiera visto nunca de no estar pensando en otra cosa, y no en la maravillosa y hermosa mujer que llevaba a mi lado.

Lo cierto, creo recordarlo así, fue que sin pensarlo, sin que para nada obrara mi voluntad en ello, giré el rostro hacia la izquierda para mirar a lo largo, de Broadway, y entonces le vi.

Un «Pontiac».

Un largo y potente «Pontiac», pintado de negro.

Apareció por la calle 17, tomando la curva para entrar en Broadway, sobre dos ruedas, y acto seguido se lanzó sobre nosotros a velocidad infernal, mientras que detrás de él quedaba flotando en el aire el espeluznante chirrido de sus cubiertas al rozar forzadamente sobre el asfalto de la calle.

No sé cómo lo hice.

Repentinamente me sorprendí a mí mismo empujando violentamente a Jessica, la cual, con una magnífica exhibición de puntillas de encaje negro, y largas y bien torneadas piernas cubiertas de fino y caro nylon, gritando, rodó por el asfalto hacia la acera, mientras que yo me lanzaba de cabeza contra el borde de la acera contraria.

Casi en el acto oí el ensordecedor y lúgubre tableteo de una metralleta, mientras que también en mis oídos sonaba, agorero y mortal, el aullar de las balas de gran calibre, levantando chispas sobre el asfalto.

Me incorporé sobre un codo llevando ya la «Lugger» en la mano, mientras que el «Pontiac» pasaba por mi lado como un rayo, escupiendo fuego y plomo por una de las ventanillas.

Disparé contra él unos segundos antes de que su conductor intentara tomar la siguiente curva correspondiente a la calle adyacente. Y continué disparando una y otra vez mientras que el motor del coche entraba por la mencionada calle.

Fue entonces cuando el largo y potente «Pontiac» dio un bandazo que lo precipitó contra la esquina.

Netamente vi, y mientras que las ventanas de los apartamientos se abrían sobre mi cabeza, cómo el coche saltaba sobre la acera y luego iba a estrellarse contra el hormigón del edificio que tenía más cercano.

Me puse en pie, sin soltar la automática alemana, justo en el momento en que el depósito de gasolina del «Pontiac» estallaba en la noche.

Hubo una sorda explosión, luego una llamarada, y al segundo siguiente el coche se vio envuelto en densas llamaradas.

A lo lejos me pareció oír el silbato de un policía, vacilé, pero sólo fueron segundos. Después corrí hacia donde permanecía Jessica. La prendí por uno de sus morenos y bien torneados brazos y tiré de ella para ayudarla a ponerse en pie.

—¡Vamos, corre! —dije.

Y sin miramiento alguno la empujé hacia el «Cadillac», mientras que el «Pontiac» se consumía rápidamente por el fuego. La hice penetrar dentro, di el encendido, embragué, y pisé el acelerador.

El «Cadillac» saltó hacia adelante como un caballo desbocado hasta la calle 16, que tomé sobre dos ruedas, para luego ir trazando eses y más eses en torno a las manzanas de casas hasta que comprendí que nadie nos seguía.

Entonces aminoré la marcha y miré a mi acompañante.

Jessica estaba pálida, pero se mantenía serena. Desvié mis ojos hacia el camino. Un camino que debía conducirme a su apartamiento.

Entramos en él en el más completo silencio. Jessica cerró la puerta y me precedió al *living* donde de inmediato me dejé caer sobre uno de los sillones.

Cuando la miré, ella me estaba sonriendo pálidamente.

—¿Ha sido uno de tus muchos trucos para interesarme, Lex? —preguntó después.

Sin esperar mi respuesta dio media vuelta y se adentró en el dormitorio. No la oí salir.

La primera noticia que tuve de que de nuevo estaba a mi lado, fue cuando ella dijo:

—¿Qué te ocurre, Lex? Te estoy hablando y no me oyes. ¿En qué piensas?

Levanté los ojos para mirarla. Jessica se encontraba frente a mí llevando en las manos dos vasos de *whisky* con cubitos de hielo. Pero en sí no tenía importancia.

Lo importante era que se había mudado de ropa cubriéndose ahora con una *neglige* de transparente nylon azul. Perdí la respiración al verla y calladamente alargué la mano hacia el vaso de *whisky* que me ofrecía.

Me hacía falta, ¡palabra!

Bebí mientras ella escudriñaba mi cara, tan pálida como cuando huíamos en el coche.

Su sonrisa, la sonrisa que me estaba dedicando, era tan pálida como su rostro.

—Lex —empezó—, esos hombres…, los que dispararon contra ti, ¿son enviados de…?

Bueno, querido, quiero decir que si…

—Sé lo que quieres decir, Jessica —interrumpió—. Pero si quieres saber la verdad, debo decirte que ni yo mismo lo sé. Pero sí, pueden ser «torpedos» alquilados por alguien de la empresa de G. Campbell, para tratar de eliminarme antes de que siga más adelante con la investigación.

—Pero… ¡Eso quiere decir que alguien sabe que tú eres un detective privado, Lex!

Pensé en Joel Stillman. ¿Quién otro podía saberlo aparte de G. Campbell y de él mismo?

En el acto me di la respuesta adecuada. Belle Stillman, la esposa de G. Campbell, también debía saberlo. Campbell mismo se lo habría dicho.

¿Los mandó ella o lo hizo su hermano?

Fuera el que fuese, aquello limitaba en mucho mis posibilidades. Indudablemente era uno de los dos hermanos. O los dos en conjunto: Pero ¿por qué?

Esto era lo único que me faltaba saber, el motivo por el cual murió Pool Freeman. Y no obstante, aquello no cuadraba en modo alguno. ¿A santo de qué, si eran ellos los que le habían liquidado, sin dejar rastro, mandaban al cabo de los meses unos anónimos diciendo que no había tal accidente sino que se trataba de un asesinato?

Jessica se encargó de interrumpid mis pensamientos cuando estaba esforzando mi imaginación, hasta el límite, por encontrar una respuesta adecuada a mi propia pregunta.

—Pero, Lex, ¡que te estoy hablando!

No quería hacerlo, pero la miré. Fui a decir algo y entonces ella añadió:

—Te preocupa la situación, ¿no? Repliqué con la verdad.

—Sí, querida —dije—. Es cierto. Y no por esos dos tipos —añadí rápidamente en vista de que ella palidecía aún más— sino porque no logro averiguar satisfactoriamente cómo lograron saber que yo…

—¿Por qué no dejas el asunto, Lex, amor? Temo por tu vida, ¿sabes?

Sonreí. Sabía que me estaba diciendo la verdad, y esto es siempre agradable para uno.

—No puedo dejarlo ahora. Si lo hiciera, las cosas continuarían

en el mismo punto. Ese asesino me tendería una nueva emboscada y…

—¿Por qué?

—Porque aunque afirme que dejo el asunto, que me desentiendo de él, el hombre o mujer que atropelló a Freeman no lo creerá así. Pensará que es un truco de los míos, y continuará actuando como si tal cosa.

—Sí, puede que tengas razón —replicó vacilando—. Pero me gustaría que lo dejaras, que te desentendieras de este caso.

—Y encontraría otro peor, nena. De algo tengo que vivir, y yo no sé hacer nada más que esto. ¿Lo comprendes, monina?

Bebió antes de replicar:

—Sí, tienes razón, Lex; pero no me gusta. No puedo decirte nada más que eso.

Se dejó caer en uno de los sillones, después de acercarlo al mío y los pliegues de nylon cayeron a ambos lados de sus piernas. Entrecerré los ojos, y luego los desvié hacia otro lado.

El espectáculo me fascinaba embotando las ideas de mi cerebro.

CAPÍTULO VI

Wall Street quedó atrás, aunque continuaba pensando en él mientras conducía el coche hacia mis oficinas.

La noche anterior, antes de irme a dormir, intenté telefonear a Larry, pero tampoco había podido dar con él. Aquella mañana, después de desayunar, y antes de despedirme de Jessica, lo intenté de nuevo con idéntico resultado.

Aparqué en la playa de estacionamiento pensando en que G. Campbell me esperaría en vano aquella mañana, crucé la calle y subí al ascensor.

Apenas llegar al pasillo me di cuenta de que la puerta de mi despacho estaba abierta. Esto sólo podía obedecer a una cosa: Larry estaba allí. Aparte de mí, era el único que tenía una llave de aquel lugar.

Dispuesto a soltarle un sermón atravesé el umbral, empujé la acristalada puerta y entonces le vi.

Pero no estaba solo.

La mujer era rubia y estaba sentada en uno de los sillones, con la estrecha falda mucho más levantada de lo conveniente, mostrando una considerable extensión de piernas (mucho mejores que las de Jessica), y sosteniendo en la mano un humeante y oloroso cigarrillo.

Estaba hablando con Larry y ambos se volvieron al oír mis pasos. Larry se puso en pie, pero ella permaneció sentada.

No miré a Larry a pesar de que intuí su movimiento cuando se levantó. Mis ojos no se apartaban de la mujer. Podría haber sido elegida, sin escuerzo alguno, si se hubiera presentado al concurso, y sin temor a equivocarse, «*Miss* Universo».

Ojos grandes, rasgados y extrañamente verdes, de lánguido mirar. El seno alto. Supongo que tendría alrededor del metro… Las

caderas… Bueno, estaba sentada y no podía verla bien, pero las piernas… Como digo, la propia Jessica se quedaba tamañita al lado de ella, que ya es mucho decir.

Me estaba sonriendo con su roja y sensual boca, mostrando el marfil de sus dientecillos, perfectos e iguales.

Di unos cuantos pasos al frente y entonces Larry dijo:

—*Mistress* G. Campbell te estaba esperando en la portería cuándo yo he llegado.

Hemos telefoneado a Wall Street, pero nos han dicho que no habías llegado aún. Yo…

¡Belle!

¡Belle G. Campbell!

No escuché a Larry, que al parecer se había dado cuenta de que empezaba estorbar, y había iniciado unos pasos hacia la puerta.

Entonces ella extendió la mano hacia mí, e hice lo que pocas veces había hecho con una mujer. La tomé con la mía, me incliné y se la besé.

Al levantar los ojos hacia su hermoso y juvenil rostro, me tropecé con los suyos verdes y ahora un tanto burlones.

—No acostumbro a que los hombres me besen la mano, míster Forrester —afirmó sonriendo.

—¿No…? —dije un tanto desconcertado—. ¿Entonces…?

—En los labios. Usted me gusta —declaró con una desfachatez extraordinaria—, y creo que vamos a ser buenos amigos.

Me pregunté si pensaría lo mismo cuando acabara de exponer el motivo de su presencia en mi oficina, pero no lo dije. Ni siquiera repliqué.

Entonces ella preguntó en vista del silencio:

—¿No se sienta, Lex? Comprenda que tenemos que hablar y no puedo perder mucho tiempo en ello.

Sin dejar de mirarla, aspirando su suave y caro perfume, fui a sentarme frente a ella procurando no mirar mucho sus hermosas extremidades, ni calcular la extensión con que las mostraba.

—Usted dirá, *mistress* G. Campbell —dije en vista de que callaba, sin dejar de mirarme—. ¿Qué desea de mí? ¿Quién le dijo que yo era…?

Su risa con tintineo de cristal me interrumpió. El brillo de sus ojos también.

—Eso no importa ahora, Lex —dijo después—. No por el momento. Y llámeme Belle.

Yo le estoy llamando a usted Lex, ¿no?

Aquella mujer iba demasiado aprisa, y no me gustaba. Pero también guardé para mí aquella opinión, esperando a que se decidiera a hablar claro de una vez.

Y lo hizo sin ambages. Al segundo siguiente, sorprendiéndome con su pregunta, casi tanto como me había sorprendido su presencia allí:

—¿Cuánto le paga mi marido por descubrir el autor de los anónimos, Lex? Pensé rápidamente y luego repliqué:

—Esa pregunta no contesta a las mías anteriores, Belle.

Rió de nuevo, fumó pensativa unos cuantos segunda y ahora clavó sus ojos en los míos.

—No, cierto que no —replicó—. Pero le prometo que se lo explicaré después.

Por lo visto estaba acostumbrada a hacer siempre su voluntad, y por lo tanto no contaba con la mía. Repliqué entonces:

—De acuerdo en todo eso, Belle —dije—. Pero comprenderá, eso es algo que no puedo ni debo decirle. Llámelo secreto profesional, ¿quiere?

Y en el acto me demostró que estaba acostumbrada a hacer siempre lo que quería, ya que replicó de inmediato:

—De acuerdo también, Lex. —Hizo una pausa y preguntó—. ¿Sirven para usted quince mil dólares por dejar este caso?

—Podrían serlo si me explica el porqué de su interés, ¿no? Vaciló unos segundos y finalmente dijo:

—Tanto mi marido como el consejo de administración están locos, Lex. Ninguno de ellos comprende lo que significará el escándalo en torno a nuestro nombre. Usted, como yo, sabemos que el hombre o mujer que envió esos anónimos, es el mismo que mató o atropelló a Pool Freeman. Sería nuestra ruina si se llegaba a averiguar que era alguien del personal administrativo o de los mismos del consejo de administración quien lo había hecho. No, míster Lex; no deseo que esto trascienda a la Prensa, y mucho menos que intervenga la policía. Éste es el verdadero motivo. ¿Qué responde?

—No lo sé aún, Belle —repliqué—. Tenga en cuenta que todavía

no me ha dicho cómo sabe que soy un privado. ¿Quién se lo dijo a usted?

Sonrió por tercera vez, retrepándose ahora contra el respaldo del sillón, con lo que los senos amenazaban con hacer estallar el ceñido vestido que los envolvía.

—Nadie, Lex. Lo he deducido yo.

Confieso que no la creí. Por lo tanto pregunté un tanto fríamente:

—¿Cómo lo dedujo usted Belle?

—¡Pero si es muy sencillo, Lex! —exclamó mientras sus ojos burlones no se apartaban de los míos—. Sabía, como todos los miembros del consejo de administración, que iban a contratar a un detective privado. Por lo tanto, sólo he tenido que mirar el fichero para saber su nombre. El nombre del único hombre que había entrado recientemente a trabajar en nuestra empresa. ¿Comprende?

Confesé que no, y a continuación añadí:

—O de lo contrario, usted sabía con antelación todo el plan del consejo de administración. Es decir, que dicho detective iba a entrar a trabajar en… Bueno, Belle, ¿quién se lo dijo a usted?

Vaciló por espacio de breve tiempo y después replicó:

—La verdad es que lo he oído comentar dentro de las oficinas. No entre el personal administrativo, si es que me entiende usted, Lex. Entonces miré el fichero, ya que no quería preguntar por sus señas, y me presenté aquí creyendo que me recibiría, por lo menos, su secretaria, pero veo que no la tiene. Iba a irme cuando me tropecé con míster Durgan, el ayudante de usted, y entramos los dos.

—¿Cómo sabía que esta mañana yo no iría a Wall Street y vendría aquí?

—No lo sabía. Mi plan era que su secretaria le telefoneara allí, y ella misma le dijera quién le estaba esperando a usted.

—¡Ya! —Hice una pausa después de esta exclamación y luego añadí:

—Hábleme de Pool Freeman, ¿quiere?

Arqueó una de sus finas y elegantes cejas y yo desvié los ojos de ella. Al hacerlo tropecé con la chica del calendario. Era rubia también. Me dije que me gustaría ver a Belle G. Campbell de la misma forma que la estaba viendo a ella.

¡Lástima que las cosas no ocurran nunca como uno las desea!

La respuesta de Belle cortó el hilo de mis ahora agradables pensamientos, y lo hizo con una pregunta:

—¿Qué quiere saber de Freeman, Lex?

Desvié los ojos de la chica del calendario y le miré a ella. Después repliqué fríamente, esperando un estallido:

—Todo lo que sepa de él, que tiene que ser bastante, Belle. En primer lugar quién le recomendó a la empresa, y en se…

—¿Por qué tengo que saber todo eso, Lex? —me interrumpió.

—Porque usted era su amante. Es algo que no puede negar. La persona que me lo dijo no miente, Belle.

En contra de lo que esperaba, Belle sonrió por cuarta vez. Después replicó:

—No crea todo lo que dicen de la pobre Belle, Lex. Pero… De acuerdo, le diré todo lo que sé. Es cierto, conocía a Pool Freeman. Nos tratamos y yo misma le recomendé al consejo de administración y fue admitido en la empresa, ocupando el sitio que ha estado ocupando usted por unas horas. Al cabo de unos meses, él se enamoró de una de las chicas, después de ir de unas a otras, y ella le correspondió. Tanto es así que pensaban casarse, cuando aquel coche le atropelló.

Aquello era nuevo para mí. Por lo tanto pregunté:

—¿Cómo se llama esa muchacha?

—Vera Jones.

Al decir esto, Belle se puso en pie, y entonces pude admirar sus caderas aunque perdí el espectáculo de sus maravillosas piernas.

Entonces replicó:

—Y ahora, señor pesquisa, no pienso responder a ninguna de sus preguntas mientras que no responda a la mía. ¿Va a dejar el caso, Lex?

Se me acercó peligrosa y felina envolviéndome en su costoso perfume y denodadamente luché por vencerme a mí mismo. No obstante, no retrocedí un solo paso.

Primero por estar sentado, y segundo porque no deseaba demostrarle que tenía miedo de ella, de dejarme arrastrar por ella. Si lo hacía, aunque sólo fuera por una sola vez, estaría perdido. Perdido de todo punto.

—Voy a continuar con él, a pesar de esos dólares, Belle —dije.

Entonces abandoné el sillón y la enfrenté.

Sus ojos ya no se mostraban burlones, pero tampoco dio el estallido.

—No esperaba eso de usted, Lex —dijo con la voz un tanto alterada—. Supuse que íbamos a ser amigos. Muy amigos. Pero ya veo que no. Ahora, aparte de esto, debo decirle que está cometiendo una gran equivocación.

—¿Es una amenaza, Belle?

Mi pregunta la sorprendió cuando estaba volviéndose hacia la puerta. No se volvió hacia mí. No dijo nada hasta llegar a la misma. Hasta después de poner la mano sobre el tirador.

—Nada de eso, míster Forrester. Simplemente es la verdad de lo que pienso. De lo que pensaría cualquiera que no fuera un imbécil como usted.

¡Bien por Belle G. Campbell!

Esta exclamación la formulé en mi interior cuando ella, sin volver la vista atrás, atravesaba el umbral de la puerta, como una maravillosa visión que se esfuma.

De nuevo me senté y cerré los ojos. Pensaba en todo lo que Belle me había dicho. Pensaba en Vera Jones. La mujer, la muchacha que iba a casarse con Pool Freeman, a pesar de lo que debía de saber de éste. A pesar del trabajo que hacía para los capitostes que componían el consejo de administración de G. Campbell.

A pesar de saber que era o había sido el amante de Belle G. Campbell.

¿Qué pensaría ella de todo aquello?

Merecía la pena intentar una entrevista. Y otra con el propio Campbell. Éste estaría preguntándose sobre los motivos que yo había tenido para no ir aquella mañana a Wall Street.

Unos motivos que sólo Jessica y yo sabíamos, ya que habíamos tenido toda una noche para discutir planes y más planes en torno a aquel extraño suceso.

Unos motivos que cada uno de por sí, ya constituía la llamada «fuerza mayor».

Abrí los ojos y sin dejar, de pensar, los fijé en el calendario, extraje el paquete de cigarrillos, me puse uno *en* la boca y lo encendí.

Media hora más tarde me encontraba conduciendo hacia Wall

Street.

Capítulo VII

Al atravesar la espaciosa nave, directamente hacia, el despacho de G. Campbell —ya que el portero del edificio me dijo que éste le había telefoneado para decirle que me presentara a él tan pronto como llegara, si es que llegaba alguna vez (palabras del propio G. Campbell)—, noté a mi espalda las miradas de las muchachas mientras que un extraño silencio se hacía en torno.

Volví la cabeza para mirar. Pero no lo hice para mirarlas a todas. A mí sólo me interesaba una de ellas. Y sonreía. Al parecer, algo había cambiado aquella mañana en torno mío.

Avancé resueltamente hacia la mesa, desviándome del camino que seguía y la enfrenté. Su seno alentaba suavemente cuando levantó el rostro hacia mí, sin perder la sonrisa de sus carnosos y rojos labios. Y habló mucho antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra.

—Le ruego que me perdone, míster Forrester —dijo.

—¿Por qué he de perdonarla, *miss*…? —repliqué aun sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta.

—Me llamo Cinthia Mac Hale —replicó—. Y es por lo que le dije ayer. Claro que yo no sabía…

Negué con la cabeza y ella abrió un tanto los hermosos ojos, visiblemente perpleja.

—Creo que no podré perdonarla, *miss* Mac Hale —dije—. No, si no acepta mi invitación para comer este mediodía.

Me miró fijamente y después sonrió.

—Eso es delito de coacción, míster Forrester —dijo—, pero acepto. Espéreme a la salida. Me despedí de ella y ya, sin entretenerme más, avancé hacia el despacho del omnipotente G. Campbell.

Me recibió sentado en un sillón, detrás de la mesa de su despacho, con una fría sonrisa en los labios.

—¿Qué significa esto, Forrester?

Tenía en la mano el informe de la noche anterior. Por lo tanto, sin temor a equivocarme, supe a qué se refería su pregunta. Y no obstante, pregunté a mi vez:

—¿Se refiere a ese informe, míster G. Campbell?

Mientras replicaba avancé rectamente en dirección a su mesa.

—Efectivamente, me refiero a este informe —hizo una pausa mientras que *yo* me situaba frente a él, y añadió—: Desde luego es falso. Aquí, si es que hay algo de verdad, es muy poco. Sí, muy poco.

Llegué junto a la mesa sin pronunciar palabra, me incliné, puse las manos sobre el tablero de la misma y clavé mis ojos en los suyos.

Sabía cuál iba a ser su respuesta, y aun sabiéndolo, pregunté:

—¿Se refiere a algo en concreto?

—¡Claro que sí! Usted dice aquí que míster Joel Stillman sa…

—¿Y no es así? —interrumpí irónicamente.

Vaciló unos cuantos segundos antes de darme la respuesta, y aunque esto parezca inmodestia por mi parte, debo confesar sin rubor alguno, que también supe cuál iba a ser aquélla:

—Escuche, Forrester —dijo—; hemos hablado con míster Joel Stillman y él niega haberle hecho esta confesión. Nos ha dicho que usted miente, y lo que es peor, que tampoco sabe a qué obedece su mentira, como no sea su deseo de hacerle quedar mal con la dirección de esta compañía. Con su consejo de administración, ¿comprende? Pero ¿por qué ese deseo, Forrester?

No repliqué de momento. Cuando lo hice, también estoy seguro fue con una frase que él no esperaba. Mejor dicho; con una pregunta:

—Al decir «nos ha dicho», ¿se refiere usted al consejo de administración en pleno?

—¡Claro! ¿A qué si no? Esta mañana, y en vista de su informe, nos hemos reunido todos en sesión extraordinaria, Forrester, para tratar de éste asunto. El resultado ha sido que…

—… Que ya que miento, este digno consejo de administración ha decidido cancelar el contrato que tiene conmigo, para

encargárselo a otro… —interrumpí— que sepa lo que se lleva entre manos, ¿verdad?

Me miró de frente y replicó con una frialdad aterradora:

—Así es, míster Forrester.

Me enderecé apartando mis manos de la mesa.

—De acuerdo, míster G. Campbell —repliqué—. Ahora deseo que se me, paguen cinco mil dólares en concepto de daños y perjuicios. ¿No se llama así?

—Eso…

—Eso será así, G. Campbell —repliqué secamente—. No olvide que yo no les llamé a ustedes. No olvide tampoco que yo he perdido mi tiempo con esta empresa. Algo que para mí tiene un precio. Pongamos, como he dicho, cinco mil dólares. Si su consejo de administración no quiere pagármelos, que se atenga a las consecuencias.

—Por descontado que no lo haremos, Forrester. ¿O es que había pensado lo contrario?

—No. Confieso que no había pensado en nada en concreto ya que esto, si debo decir la verdad, ha sido para mí una sorpresa. Desagradable, pero sorpresa al fin. Ahora tenga en cuenta una cosa, G. Campbell; si su compañía no paga, yo continuaré investigando por mi cuenta. Puede que cuando acabe, ninguno de ustedes se encuentre lo suficientemente tranquilo como para dictarme condiciones.

—¿Qué quiere decir con esto, Forrester? —me preguntó con voz ronca.

—Que voy a intentar por todos los medios sacar todos los trapos sucios de su consejo de administración. Y los de usted mismo, G. Campbell.

—Eso es un asqueroso chantaje.

—Piense lo que quiera, querido —repliqué, yendo ya hacia la puerta que atravesé sin que él dijera nada más, y sin volver la vista atrás.

Pensando en mi rubia me encaminé directamente hacia la oficina de Chuck Morrison, donde había dejado algunas cosas, sin importancia, pero que deseaba recoger.

Atravesé la nave sin mirar a ninguna de las muchachas, empujé la puerta sin llamar…, y me encontré frente a frente con Joel

Stillman.

Entré pensando que Morrison debía de haber abandonado su departamento porque Stillman, como hermano de la esposa del dueño material de la empresa, se lo había pedido.

Estuve a punto de sonreír, un tanto cínicamente, pero no lo hice. Cerré la puerta a mi espalda y después le enfrenté.

El silencio entre los dos duró siete u ocho segundos, silencio que rompí yo diciendo secamente:

—He venido a recoger algunas cosas mías, míster Stillman. Supongo que no habrá inconveniente, ¿verdad?

No replicó, pero hizo un ademán que abarcó toda la amplitud de la oficina o despacho. Pero yo sabía que eso no era todo. Sabía, estaba seguro de que Stillman diría algo antes de que yo lo abandonara definitivamente.

Así fue.

Con la cartera bajo el brazo pasé por su lado, camino de la puerta, después de haber consultado previamente el reloj, sabiendo ya que tan sólo me faltaba media hora para encontrarme con aquella preciosa rubia.

Llegaba a ella cuando *61* se interpuso entre ésta y mi modesta persona.

—Un momento, Forrester —dijo sonriendo fríamente, Me detuve mirándole.

—Sea breve, Stillman —dije con tanta o más frialdad que había en su sonrisa—. Tengo una cita.

Se acercó un poco más.

—Le entretendré poco, Forrester —dijo—. Muy poco. Lo suficiente para decirle que negaré donde sea todo lo que le dije en cierta ocasión, ¿comprende?

—¿Quiere decir que…?

—Que negaré. Que ahora es sólo mi palabra contra la de usted, y la mía, en nuestro consejo de administración, pesa más que la suya, pesquisa.

Sonreí sin ganas.

—Pero usted me dijo que sabía quién era el asesino de Pool Freeman. ¿O acaso lo he soñado, Stillman?

Sonrió a su vez.

—No lo soñó, pesquisa. Es cierto. Sé quién le asesinó, pero no se

lo voy a decir a usted. No me interesa. Espero… Bueno, Forrester, suponga que tengo algunos intereses que me hacen ser en extremo precavido.

Recordé las palabras que había sostenido con G. Campbell y respondí aplicándoselas a él mismo.

—Eso puede ser chantaje, ¿no?

Miró en torno como si temiera que alguien escuchara nuestra conversación, y luego fijó sus ojos en los míos.

—Pongamos que tiene razón, pesquisa —replicó—. Y si es así, ¿qué le importa a usted?

En verdad no me importaba nada. Nada, después de la conversación que había tenido con G. Campbell. Pero había algo, y este algo fue el que me hizo dar un paso al frente.

Un paso hacia él. Entonces disparé el puño.

Mi golpe le alcanzó en medio de la barbilla. Joel Stillman levantó los pies del suelo y luego se estrelló contra la pared que tenía a su espalda.

No esperé a verle caer; di media vuelta y abandoné el despacho. Pasé por entre las mesas, notando que bellos y curiosos ojos me miraban, y salí a la calle.

Y con aquello, acababa mi participación con la empresa que regía G. Campbell. ¿O tal vez no?

No lo sabía. Tampoco me preocupaba. Pero pensaba en la rubia. Era una muchacha muy hermosa. No tanto como la de mi calendario, ni tampoco como Jessica, pero Cinthia no estaba nada mal, sino todo lo contrario.

Consulté el reloj. Un cuarto de hora. Merecía la pena perder un poco de tiempo con una muchacha como Cinthia. Merecía la pena perder un poco de tiempo con cualquier hermosa mujer.

Diciéndome que no había nada de malo en ello atravesé la calle y entré en el bar. Me acomodé en uno de los taburetes, acerqué otro a mi lado y me dispuse a esperar.

Mientras, pedí un *whisky*.

Sus piernas cubiertas de nylon eran inmejorables a despecho de Jessica o de la chica del calendario. Esto lo supe apenas llegó. Apenas sin que pronunciara una sola palabra, Cinthia se colocó a mi lado encaramándose como pudo sobre el alto taburete con la estrecha y corta falda a más de medio muslo, ya que tuvo que

levantarla para poder hacerlo.

Luego me miró, volvió los ojos al barman y pidió un *whisky*. Después que se lo hubo servido me miró de nuevo.

Sonrió levemente.

—Siento lo que le ha ocurrido con «G. Campbell and Company», pesquisa —dijo. La miré a mi vez y también la sonreí.

—¿Y qué es lo que me ha ocurrido, monada? —pregunté. Sonrió ampliamente ahora.

—Al parecer han reñido con usted, ¿no? Se dice que ya no está trabajando para ellos.

En otras palabras, que le han dado la patada. ¿No es así, Forrester?

Aquella expresión final no me gustó en modo alguno, pero nada podía decir al respecto ya que era verdad. Me limité, pues, a sonreír de dientes para fuera y repliqué:

—Ésa es la verdad, monada. Y lo siento.

Arqueó una de sus finas cejas mientras me miraba con ademán interrogativo.

—¿Por qué lo siente, Forrester? —preguntó.

—Desde luego por mí. Esperaba que esta cita de hoy, con usted, se hiciera con el tiempo más íntima.

Su hermoso rostro se coloreó un tanto y después me miró fijamente:

—No le creo a usted, Lex —dijo ahora llamándome por mi nombre.

—¿Por qué? —pregunté un tanto sorprendido. Bebió largamente antes de replicar:

—Porque eso no es propio de usted. Es decir, no del esbozo que yo me he hecho de lo que debe de ser su carácter. De lo que debe de ser su personalidad, Lex. No, usted no dejará nunca este asunto. Aunque no le pague nadie, usted intentará resolverlo por sí solo. ¿Me equivoco?

Vacilé unos segundos. ¿Era conveniente decirle la verdad? Posiblemente sí. Yo estaba seguro de que todo cuanto le dijera en aquellos momentos en que estuviéramos juntos, ella lo trasladaría de inmediato a todo el personal de la empresa.

—Creo que sí, preciosa —repliqué—. No me gusta que me tomen el pelo.

Me miró un tanto burlonamente según aprecié yo, aunque podía estar equivocado, y replicó:

—Eso es lo que había supuesto, Lex. Como también supuse que su invitación para comer juntos no obedecía nada más que al deseo por su parte, de averiguar todo cuanto pudiera decirle yo, con respecto a este caso.

La chica era lista. También llamaba las cosas por su nombre. Por lo visto, era una de las pocas personas que no temían quedarse sin el empleo que podía ofrecerle un hombre tan omnipotente como G. Campbell.

Mientras pensaba en todo aquello añadió:

—Vamos, Lex; ¿qué es lo que quiere saber por mediación mía? Sonreí, pero fue de labios para fuera.

—Muy poco. Simplemente que me hable de Pool Freeman.

No vaciló en darme su respuesta, y fue de una claridad espantosa, o de un cinismo rayano en lo inverosímil.

—¿Qué quiere saber de él? ¿Sus amistades? ¿Él trato femenino que frecuentaba? ¿Qué tal persona era? Pues se lo diré, Lex. Pool Freeman era el tipo más sucio que ha creado la Naturaleza. Tan sucio como Belle Stillman o Belle G. Campbell, si es que usted quiere llamarla así.

—¿Por qué?

Ella replicó con otra pregunta:

—¿Ha oído hablar de Vera Jones, la mujer que iba a casarse con él?

—Sí —repliqué escuetamente, preguntándome al mismo tiempo dónde querría ir a parar con aquella pregunta.

—Pues hable con ella. Tal vez le interese una entrevista con Vera, si es que quiere hablar de ello.

—¿Qué trata de insinuar, Cinthia? —pregunté.

No me sonrió. Su semblante y sus ojos permanecieron serios frente a los míos, y su voz también sonó extrañamente seria cuando replicó a mi pregunta:

—Freeman era algo más que un amigo para Belle. G. Campbell, y supongo, lo mismo que todos los empleados de la empresa, que el propio G. Campbell lo sabía. Vera lo ignoró durante cierto tiempo, basta que se dio cuenta del engaño. Ate cabos ahora, querido pesquisa.

—¿Quiere decir que fue ella la que empleó el coche que le mató, Cinthia?

El silencio se eternizó entre los dos. Mientras que eso ocurría, ella empezó a beber lentamente.

CAPÍTULO VIII

El silencio continuó, tal vez por espacio de un largo minuto. Finalmente lo rompí yo con una pregunta:

—¿Cómo es Vera Jones, Cinthia?

Me miró largamente antes de replicar:

—Una mujer muy hermosa. De no más de veintiún años, tiene sobre sí misma todo cuanto una mujer puede apetecer o desear. Incluso más que yo. Es trigueña, de ojos negros. Los senos, las piernas, las caderas… En fin, no está bien que yo diga nada al respecto. Usted es hombre, y sabrá apreciarlo mucho mejor que yo.

Aquello era verdad. Por lo tanto dejé el tema para lo que yo pudiera ver de Vera Jones, y repliqué:

—¿La cree capaz de matar?

Se rió. Se rió alegremente, y hasta un lerdo se hubiera dado cuenta de que se estaba burlando.

Finalmente, cuando la risa la dejó hacerlo, Cinthia replicó:

—No, Lex. Vera no sería capaz de matar ni a un mosquito. Vera… Bueno, Vera será siempre Vera y nada más. Realmente estaba enamorada de Freeman. Antes de la muerte de éste era una muchacha alegre, cariñosa, amiga de la broma, de divertirse, pero siempre en el buen sentido de la palabra. ¿Entiende usted, Lex?

Creí saber lo que quería decirme. Por lo tanto repliqué con otra pregunta:

—Y ahora, Cinthia, ¿qué tal se comporta Vera Jones? Su rostro se nubló.

—Ya la verá si es que habla con ella, Lex —hizo una pausa mientras bebía hasta apurar el *whisky* y luego, mirándome fijamente añadió—: Se está haciendo tarde, Lex. Si es de verdad que quiere invitarme a comer, y no desea que pierda el empleo, le ruego que lo

haga lo más rápidamente posible.

Abandonamos la barra y nos colocamos en una de las mesas. Unos segundos después comíamos en el más completo silencio. Al terminar, Cinthia consultó el reloj.

—Queda un cuarto de hora para entrar —dijo.

Asentí en silencio y unos minutos después ambos nos encontrábamos en la acera. Pregunté:

—¿Qué tal persona es míster Stillman?

Cinthia se detuvo y me miró fijamente. Finalmente replicó:

—Un hombre muy ambicioso, Lex. Desde hace años está tratando de ocupar la presidencia de la empresa.

—¿Y qué se opone a ello?

—Los miembros del consejo de administración. Esto se hace al cabo de cierto tiempo, y por votación. Hasta ahora, míster Stillman apenas si ha conseguido tres o cuatro votos, y su principal oponente es míster G. Campbell. Su propio cuñado.

—¿Por qué?

—Al parecer opinan que no tiene el suficiente talento para desempeñar un cargo de tanta responsabilidad como ése.

—Y *mistress* G. Campbell, ¿qué opina de ello?

—No lo sé con seguridad, Lex, pero se dice que ella apoya a su hermano, a pesar de que no es miembro de dicho consejo.

—¿Le cree usted capaz de saber quién es el asesino?

Desvió los ojos de los míos y de nuevo me vi avanzando a su lado, silenciosos los dos.

Hasta que Cinthia lo rompió al cabo de unos cuantos segundos.

—Si lo que quiere decir es si yo creo que es verdad lo que usted afirma, que él le ha dicho que sabía quién era, debo decirle que sí. Así como también le digo que es muy posible que míster Stillman tampoco le haya mentido a usted en ese aspecto de la cuestión.

No repliqué. No dije nada hasta que llegamos a la puerta.

—Gracias, Cinthia —dije—. Ahora, si no le molesta, voy a hacerle otra pregunta. ¿Qué tal persona es Vera Jones?

—Una buena muchacha. Creo que ya se lo dije antes, pero Usted deja este caso, ¿no? Hice una mueca.

—Sí, claro —repliqué después—. No tengo más remedio que dejarlo. Ahora nadie paga mi trabajo, querida.

Sonrió, me tendió la mano y esperé en la acera hasta que

desapareció de mi vista entre el montón de muchachas que entraban en _ aquel entonces.

Después di media vuelta, regresé donde había dejado el coche y me alejé de Wall. Street sin volver la vista atrás, aunque no muy convencido en si estaba haciendo bien o no.

Yo le había dicho a G. Campbell que iba a continuar investigando el caso por mi cuenta, claro que limitado a ciertas condiciones, y ahora no sabía qué hacer.

Y no lo supe hasta media hora más tarde, frente a frente de un doble de *whisky*, el segundo doble de aquella tarde, sentado en uno de los altos taburetes de un bar, en pleno Broadway.

Abandoné el taburete y entré en la cabina telefónica. Disqué.

La voz que contestó al otro lado del hilo no se parecía en nada a la del teniente Richard
O'Hara
del Departamento de Homicidios. Por lo tanto pregunté por él.

—¿De parte de quién, por favor? —preguntaron. Sonreí irónicamente antes de replicar:

—Dígale que le llama Lex Forrester, y que es urgente.

—Un momento…

Fueron casi dos largos minutos antes de que oyera su voz.

—Hola, pesquisa —saludó—. No vas a decirme que has encontrado por ahí un nuevo fiambre, ¿verdad?

Solté una risita.

Conocía a Richard desde hacía tiempo. Habíamos luchado ambos, codo a codo en Corea, y algunos lugares más antes de Corea. Luego cada uno siguió su camino, pero nuestra amistad, a pesar que en varias ocasiones habíamos tenido algunos roces, no parecía haberse enfriado.

Repliqué después de la risita:

—No es nada de eso, aunque sí hay un cadáver por medio, Richard.

—¿Qué…? ¡Pero, Lex! ¿Qué cuernos estás…?

—No es por ahí, sabueso —interrumpí sabiendo que si no lo hacía tenía cuerda para rato—. No es lo que tú crees. Te he llamado para hacerte una pregunta. Una sola, ¿entiendes?

Pub o unos segundos de silencio. Richard estaba pensando. Luego dijo:

—Está bien, suéltala.

—¿Cómo andas con el caso de Pool Freeman? Ese Freeman fue atropellado meses atrás por un coche cuyo conductor se…

Su maldición me interrumpió en seco. Luego siguieron unas cuantas más y finalmente Richard habló:

—¿Qué sabes tú de eso, Lex?

—Algo, aunque no mucho.

—Y quieres colaborar ¿no? ¡Vamos, Lex, no me tomes por un estúpido! ¿Qué llevas entre manos?

—¿Yo…? Eres muy suspicaz, Richard. ¿Por qué crees que llevo algo entre manos?

—Así no vamos a ninguna parte, Lex —replicó—, y tú lo sabes, con la misma seguridad que yo sé que tú eres incapaz de hacer una pregunta como ésa sin un motivo especial.

¿Me equivoco, pesquisa? Bien, ¿cuál es…?

Sonreí burlonamente. Exactamente como si me encontrara frente a él. Después repliqué:

—Está bien, Richard, tú ganas. Es cierto, hay algo, y deseo consultarlo contigo. Después me desprenderé de este caso, y a otra cosa.

—¿De verdad, Lex? —preguntó burlonamente.

—Eso es lo que estoy intentando hacerte comprender, Richard. Le oí reír. Un segundo después me llegó su voz.

—Ni tú mismo crees en lo que estás diciendo —hizo una pausa que no quise interrumpir y añadió—: ¿Qué te parece si te vienes por aquí y me lo cuentas todo, pesquisa?

Asentí y colgué, sonriendo.

Ya en la barra, frente al vaso de *whisky* pensé que G. Campbell se había permitido llamarme embustero y que Joel Stillman había hecho algo mucho peor con respecto a mí mismo. Pues bien, yo les iba echar a los perros.

A mi juicio, la policía tenía más medios que yo para investigar todo aquello.

Apuré el resto del *whisky* de un solo trago, pagué, regresé a la calle y empuñé el volante. Treinta minutos más tarde me encontraba frente a Richard
O'Hara.

Richard estaba engordando. Había engordado bastante desde la

última vez que nos vimos.

Se levantó al verme entrar, rodeó la mesa tras la cual se sentaba y vino a mi lado con la mano extendida.

—Bien, pesquisa —dijo apenas nos las estrechamos—; desembucha, ¿quieres? Pero antes, siéntate.

—Gracias, hombre. Creí que habías perdido la cortesía…

—¡Vete al diablo con tus burlas, Lex! —replicó, yendo a sentarse de nuevo detrás de su descolorida mesa despacho.

Richard era alto. Casi tanto como yo. Moreno, de rostro de halcón y mentón cuadrado, que ahora no lo estaba tanto debido a que como he dicho ya, estaba engordando.

Le imité. Saqué el paquete de cigarrillos y lo tiré sobre su mesa. Richard tomó uno, me devolvió el paquete por él mismo procedimiento, y entonces encendí otro.

—Bien —apremió—, ¿qué tienes que decir con respecto al accidente que sufrió ese Pool Freeman? ¿Por casualidad sabes quién era el hombre que conducía el coche que lo mató?

—No —repliqué dejando caer una a una las palabras. No, Richard, no es eso. Verás, se trata de que tengo la sospecha de que no es tal accidente.

Abrió mucho los ojos, denotando sorpresa. Luego preguntó:

—¿No? Entonces, ¿quieres decirme de que se trata, sabelotodo?

Hice una mueca, y repliqué con la misma lentitud con que anteriormente había empezado a hablar:

—Sospecho que se trata de un asesinato, polizonte. Saltó materialmente del asiento, lo mismo que si hubiera sido impulsado hacia arriba por un potente muelle. Luego me enfrentó con los ojos entrecerrados y un peligroso frunce en la frente.

—Explícate, Lex —dijo secamente.

Fumé en silencio unos cuantos segundos y entonces empecé:

—Hace dos días recibí en mi despacho la visita de G. Campbell en persona, Richard. El motivo…

Lentamente, igual que al principio, empecé a relatar todo lo ocurrido hasta aquel mismo día. Incluso le dije la conversación que Cinthia y yo habíamos sostenido poco antes de llamarle yo por teléfono.

Después de mis palabras, Richard
O’Hara

se mantuvo pensativo durante más de un largo minuto, rumiándolas, desmenuzándolas una a una, hasta que las digirió todas.

Entonces me enfrentó soltando la primera pregunta de la serie.

—¿Y qué esperas de mí, Lex? ¿Que investigue todo eso? Bien, no tengo más remedio que hacerlo. Es mi deber. Pero antes de empezar, quiero qué me diga una cosa. ¿Qué ganas tú en ello?

—Nada, Richard. Ya te lo he dicho. Me miró sospechosamente.

—¿Estás seguro?

—Sí. Puedes creerme.

—De acuerdo —replicó—. Pero si me engañas… Bien, según tú, míster Stillman te dijo que él sabía quién era el asesino de Pool Freeman, ¿no?

Eso es lo que he dicho, y eso es lo que sostengo.

—Sí. Pero él lo negará. Es su palabra contra la tuya. ¿Comprendes?

—¡Ya lo sé! Y no obstante, te pregunto; ¿qué vas a hacer?

—Lo que debo, Lex. Interrogaré a esa gente. Hablaré de nuevo con Vera Jones. Después iré a hacerle una visita a *mistress* G. Campbell. Quiero que me diga la verdad del por qué te ofreció quince mil dólares para que abandonaras el caso.

—¿Esperas que te lo diga?

—No. Pero con intentarlo no se pierde nada. Por otra parte, por algo hay que empezar.

Era verdad. Richard tenía que hacer algo. Tenía que empezar por alguna parte. Por alguna de las pistas que yo le había dado, si es que verdaderamente podían llamarse así.

Esperé sin decir nada hasta que él habló de nuevo.

—Escucha, Lex —dijo—; me gustaría saber dónde puedo encontrarte, por si ocurre algo imprevisto.

Me encogí levemente de hombros y después repliqué:

—Con seguridad no te lo puedo decir, Richard. Puedo estar en mi casa o en la oficina. Sonrió burlonamente, y acto seguido me sorprendió.

—O en casa de cierta bailarina, cuando no en el «Pinacle», ¿no?

—¡Cuernos, Richard! ¿También sabéis eso?

Sonrió, y su sonrisa restó dureza a su rostro de granito.

—Te asombrarías si supieras todo lo que sabe la policía de ti,

pesquisa —dijo como andanada final—. Por lo tanto ándate con cuidado esta vez. No me gustaría saber que me has contado todo esto, sólo para que yo te siga el juego.

No repliqué a aquello. Richard es muy difícil de convencer cuando algo se le mete en la cabeza. Por lo tanto preferí dar la callada por respuesta y no tratar de convencerle, sabiendo que por el momento nada iba a conseguir.

CAPÍTULO IX

Cené en un pequeño restaurante de la calle 17 y luego me encaminé hacia el «Pinacle», pensando en que Jessica se mostraría contenta cuando supiera que había abandonado el caso que me presentara G. Campbell.

Rectamente me encaminé hacia la barra.

Desde allí admiré una vez más las evoluciones de Jessica. Sus evoluciones y sus piernas de ensueño. Lo mismo que si no la hubiera visto nunca, cuando era todo lo contrario.

Al acabar vino a mi lado y se acomodó en uno de los taburetes, luego, con sus magníficas y desnudas piernas empezó a seguir el compás de una imaginaria música mientras que me miraba fijamente.

—Hola, pesquisa —saludó haciéndome recordar al teniente O'Hara —. ¿No invitas a tu amorcito?

—¿Por qué no, preciosa? —repliqué—. Pero no bebas mucho, ¿sabes? Me miró intrigado y después preguntó:

—¿Por qué, Lex?

—Porque entonces esos pinitos que haces en la pista no te saldrían tan bien.

—Eres un payaso, Lex… Un payaso al que yo quiero mucho. ¿Lo sabías?

Asentí en silencio y después pedí un *whisky* para ella. Empezamos a beber en silencio, mirándonos. Ella pensando en cualquiera sabe qué, y yo con unas extrañas ideas con respecto a ella. Ideas que ante mi propia sorpresa, empezaban a bullir dentro de mi mente.

Pero no pudimos terminar con lo pedido. Repentinamente, a

nuestra espalda sonó una voz:

—¿Es usted míster Forrester?

Jessica y yo nos volvimos al unísono. Y sin saber por qué, supe que de nuevo tendría que intervenir en un caso que había dejado apenas si hacía cuatro horas, porque frente a nosotros se encontraban dos policías de uniforme, mirándonos atentamente, en espera de mi respuesta.

—Efectivamente, agente —repliqué notando sobre mi brazo la nerviosa mano de Jessica—. ¿Ocurre algo?

—Creo que sí, míster Forrester —hizo una ligera pausa y agregó —: El teniente
O’Hara
quiere verle urgentemente. Tenemos el coche a la puerta del club. ¿Quiere acompañamos?

Entonces oí la voz de Jessica:

—¡Lex! Por favor, ¿qué ocurre?

La miré. Estaba pálida. Fui a decir algo, pero el mismo agente que preguntara por mi nombre habló de nuevo.

—No se preocupe, *miss*. Míster Forrester no tardara en estar de vuelta. Es una simple formalidad por algo que ha ocurrido.

—Ya lo sabes, nena —intervine ahora—. Ya lo has oído. Pero por si me tengo que retrasar, toma mi coche, que está en la playa de estacionamiento y ve con él a casa.

Le di un rápido beso que ella no pudo devolver y salí seguido de los dos policías.

Unos segundos después el coche salía disparado haciendo aullar la sirena en forma ininterrumpida. Y cinco o seis minutos más tarde dije:

—Ése no es el camino del precinto, agente.

—No, no lo es —me replicó—; pero el teniente le está esperando en la calle Trece Este.

Instantáneamente recordé a Pool Freeman preguntándome de paso si es que Richard había encontrado algo en la calle Trece Este, con respecto al asesinato del mismo.

No me equivoqué. El teniente Richard
O’Hara
había encontrado algo, pero en modo alguno era lo que yo esperaba.

Lo supe tan pronto como nos abrimos paso entre el gentío que abarrotaba la calle.

Joel Stillman estaba caído en el suelo, tenía la cabeza casi aplastada, y el cuerpo roto y desmadejado. Al acercarme con la mirada puesta en él, me pareció que las piernas estaban asimismo rotas por un par de sitios diferentes.

Continué acercándome mudo por la sorpresa, mientras que en contraste mi mente trabajaba a marchas forzadas, y entonces oí a mi derecha la voz de Richard.

—¿Qué te parece eso, Lex?

Me acerqué a él sin replicar mientras que a mi alrededor la policía empezaba a trabajar enérgicamente apartando a los curiosos, ordenando que despejaran la calle.

Pregunté apenas le tuve frente
a’ mí.

—¿Cómo fue, Richard?

Me miró fijamente durante más de medio minuto, calibrando cómo tenía que darme la respuesta. Finalmente lo hizo, un tanto secamente:

—Atropello, Lex. Lo mismo que Pool Freeman, Stillman ha sido atropellado por un coche cuyo conductor se dio a la fuga. Y fíjate bien, muchacho: ha sido atropellado y muerto casi en el mismo lugar en que lo fue Freeman. ¿No te sugiere nada esto, Lex?

No vacilé en replicar la verdad de lo que pensaba.

—Sí, Apuesto que es lo mismo que a ti, Richard. Joel Stillman me dijo que sabía el nombre del asesino de Pool Freeman, yo hice un informe destinado a G. Campbell como ya te he dicho. El resultado de éste está a la vista.

—Estás en lo cierto, Lex. A mi entender, a míster Stillman le mataron por lo que afirmó que sabía. Esto nos apunta directamente a uno de los miembros del consejo de administración.

—Y a alguien; más, Richard —atajé—. A ciento y pico de muchachas. Cualquiera de ellas pudo hacerlo, o cualquiera de los hombres. ¿Sabes por qué te digo esto, polizonte? Por la sencilla razón de que a las pocas horas de enviar el informe a G. Campbell, todo el mundo, todo el personal de la empresa estaba enterado de lo que éste decía, asimismo como que había sido desmentido por Joel Stillman. ¿Quién lo dijo? ¿El propio Stillman? Puede que sí, y con la

sana idea de dejarme en mal lugar delante de todos. Y esa idea fue la que le llevó a la muerte. Otra cosa hubiera sido de haberse franqueado conmigo. De haberme contado la verdad. Pero ¿fue alguien más? Te confieso, que éste es un caso endiablado.

Me dio la razón mientras que el forense, después de examinar el cadáver, ordenaba que lo llevaran a la «Morgue» con objeto de practicarle debidamente la autopsia.

Después, mirándome fijamente, pregunté:

—¿Qué vas a hacer ahora, Lex?

—No lo sé. Desde luego, trabajar en este caso, no. No, porque nadie me paga para ello. Fui despedido esta mañana, y así pienso seguir.

—Por lo visto, a ti sólo te importan los dólares, ¿no?

—¿Y a quién no, teniente? —pregunté.

Sin replicar me tomó del brazo y tiró de mí.

—Vámonos, Lex —dijo—. Aquí va no tenemos nada más que hacer.

—¿Y en otro lugar sí?

—Hombre, yo sí —replicó—. Tú no lo sé. Pero podías ser buen chico hasta el final y acompañarme al precinto. ¿Qué te parece la idea?

Comprendí que Richard quería pedirme algo, pero esta idea me la guardé para mí. Lo que repliqué fue:

—¿La idea…? Mala, Richard, muy mala. No obstante, voy a acompañarte.

No sonrió. No hizo tampoco un solo gesto, pero continuó con sus cinco dedos clavados en mi brazo, hasta que nos metimos en el coche.

Quince minutos más tarde, después de haber escandalizado con la sirena durante todo el camino, entramos en el precinto. Richard se sentó detrás la mesa, me ofreció un cigarrillo que acepté, encendiéndolo, y después preguntó:

—¿Se te ocurre algo, Lex? ¿Alguna de tus luminosas ideas?

No bromeaba ahora, aunque cualquiera hubiera creído lo contrario. Incluso yo, de no conocerle tan bien como le conocía.

—Sólo una, que no tiene nada que ver con el caso, por lo menos en forma directa.

—Exponía.

—Lo primero que creo debes hacer, es telefonear a míster G. Campbell dándole la noticia. Y debe de ser ahora mismo.

—Ya había pensado en ello, Lex —replicó—. ¿Algo más?

—Por ahora no —repliqué-aunque puede que te diga algo después de que me expliques la interesante conversación que vas a tener con míster Campbell.

Me miró atentamente, pero no replicó. Simplemente se limitó a alargar la mano hacia el auricular del teléfono después de haber consultado su cronómetro.

Vi cómo discaba con un frunce en el ceño. Y mientras lo hacía comentó más para sí mismo que para mí:

—No me gusta esto. No me gusta dar esta clase de noticias.

Luego permaneció con el oído pegado al auricular durante un rato que se me antojó infinitamente largo, hasta que oí decir:

—Póngame con míster G. Campbell. Es la policía… Sí, muy importante.

Calló y adiviné que tal vez una doncella o un mayordomo estaba yendo ahora hacia la habitación de G. Campbell para decirle que la policía le llamaba con urgencia.

Transcurrieron unos cuantos segundos, largos, silenciosos, hasta que repentinamente Richard replicó a lo que acababan de decirle.

—¿Es que no está su esposo, *mistress* G. Campbell? Sí, claro… Está durmiendo, ¿no? —hizo una pausa mientras escuchaba y luego añadió—: Será mejor que le despierte, *mistress* G. Campbell, y que después vengan para acá, lo más rápidamente posible.

El silencio se hizo eterno antes de que le oyera agregar:

—Se trata de su hermano, *mistress* G. Campbell. Míster Joel Stillman ha sufrido un accidente grave. Necesito que su esposo de usted venga inmediatamente. Calló de nuevo, esta vez durante más de un largo minuto. Después dijo:

—De acuerdo, *mistress* G. Campbell; le espero.

Colgó el auricular y mirándome añadió innecesariamente:

—Van a venir, Lex. ¿Quieres esperar aquí hasta que lleguen?

Puse mala cara, y él creyó comprender, ya que añadió rápidamente:

—Perdona, muchacho, pero creo que cuando se lo expliques, la bailarina entenderá.

—No es eso, Richard —dije—. No se trata ahora de Jessica.

—No, ¿eh? —dijo—. Pues entonces no me lo explico. No repliqué. Me limité a fumar en silencio.

Indudablemente Richard no me creía, pero yo le estaba diciendo la verdad. No había pensado en Jessica, sino en Belle G. Campbell. No me gustaba enfrentármela de nuevo.

Tampoco me gustaba enfrentarme al hombre que me había tratado de embustero, largándome a la calle, poco menos que con viento fresco. El no creer en mí le había costado la vida a su cuñado.

Otra cosa hubiera sido muy distinta. Con sólo que se hubiera esforzado para que éste se confiara a mí, tratando de convencerle de que era lo mejor, las cosas hubieran sucedido de otro modo, ya que a aquella hora, el asesino de Pool Freeman estaría detenido.

—¿En qué piensas, Lex?

La pregunta de Richard me sobresaltó un poco interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Levanté los ojos hasta él y le miré fijamente, notando cómo los suyos, inquisitivos, no se apartaban de mi rostro.

—En todo esto, Richard —repliqué.

—¿Alguna idea? Repliqué con la verdad.

—No, aún no. Estoy tratando de asimilar todo esto. Intentando también encontrar un motivo para todo, y no lo encuentro. Ésa es la verdad, Richard.

Asintió sombrío, y a partir de entonces ninguno de nosotros habló en mucho rato.

El silencio, en el interior de su despacho era pesado en extremo. Los minutos empezaron a pasar, lentos y desesperantes hasta que sin poderlo evitar consulté mi reloj.

Al instante pensé en Jessica. Luego rompí el silencio diciendo:

—Esa pareja está tardando, demasiado, Richard.

Permaneció en silencio unos cuantos segundos al cabo de los cuales replicó:

—Desde Wall Street hasta aquí, a estas horas, y en coche, no hay más de veinte minutos y ya pasa de la hora.

Se puso en pie, se paseó de un lado para otro por espacio de unos cuantos minutos y luego se detuvo frente a mí, mirándome.

—No les habrá sucedido nada, ¿verdad?

Sus palabras sonaron tranquilas, pero yo noté que la alarma

había hecho presa en él.

—Puedes, saberlo de inmediato, Richard —dije—. ¿Por qué no telefoneas de nuevo a su casa?

Sin replicar fue hacia la mesa y, tomó el teléfono. Discó. Unos segundos después hizo la pregunta, replicó a la respuesta que le dieron con algunos monosílabos y finalmente colgó.

—La doncella dice qué acaban de salir para acá, Lex —dijo lleno de alivio.

CAPÍTULO X

Se presentaron media hora más tarde, y confieso que Belle G. Campbell me impresionó apenas la vi.

Su cuerpo de ensueño estaba envuelto en un ceñido vestido que se me antojó una segunda piel, haciendo resaltar aún más su detonante y salvaje belleza rubia, y encima de sus redondos hombros llevaba una capa de visón.

Exactamente como si fuera a una fiesta o a un «nigth club», en vez de tratarse de un precinto policíaco, y precisamente para hablar de la muerte de su propio hermano.

Sin querer parar mientes en el teniente O'Hara, Belle se enfrentó conmigo.

—¿Qué significa esto? ¿Qué pinta usted aquí?

Fui a replicar, pero G. Campbell se adelantó a mis deseos diciendo:

—Eso mismo debo preguntarle yo, ¿no, míster Forrester?

—El teniente O'Hara le dará detalles de mi actuación dentro del precinto de la policía, míster G. Campbell, como también le dirá que si usted hubiera hecho caso de mi informe, a esta hora míster Stillman no habría muerto, asesinado por la misma persona que mató a Pool Freeman.

—¡Está usted delirando, míster…!

La voz de Richard se elevó por encima de la de G. Campbell, y aunque se dirigió a él, sus ojos estaban fijos en el rostro hermoso y extrañamente impasible de Belle.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo, míster G. Campbell —dijo secamente—. Se trata de un nuevo asesinato, en la persona de

su cuñado. Al parecer, ustedes dos anteponen sus antipatías personales a todo lo demás. Confieso que no esperaba este comportamiento por parte de los dos.

El rostro de Belle se contrajo y luego se coloreó sorprendiéndome, ya que yo estaba seguro de que nada ni nadie era capaz de hacer enrojecer a *mistress* G. Campbell.

Sin embargo, continuó callada, mientras que su marido se volvía cara a Richard.

—Creo que tiene razón, teniente —dijo—. Perdónenos a los dos. ¿Cómo ha ocurrido?

Richard dio una ligera explicación y después se encaró con Belle.

—Antes de que se marche, *mistress* G. Campbell —empezó—, deseo hacerle un par de preguntas. Me gustaría que contestara con la verdad.

—¡Pero oiga! ¿Qué se ha…?

Richard se limitó a mirar a G. Campbell y éste se interrumpió violentamente mientras Belle decía al mismo tiempo:

—Pregunte lo que quiera, teniente.

—Gracias, *mistress* G. Campbell. La pregunta es ésta. Míster Forrester, aquí presente, me ha dicho que usted le ofreció quince mil dólares por que dejara de intervenir en el esclarecimiento del asesinato de Pool Freeman.

Me lanzó una fugaz mirada y después volvió los ojos a Richard.

—Es cierto, teniente —replicó después.

—¿Por qué?

—Porque deseaba evitar a toda costa lo que acaba de ocurrir. Si míster Forrester se hubiera quedado quieto, mi hermano no habría sido asesinado.

—¿Quiere decir con esto que usted sabía que míster Stillman estaba enterado de quién era el asesino de Freeman, *mistress* G. Campbell?

—Nada de esto, teniente. Simplemente, deseaba evitar la publicidad, y todo lo que ésta trae consigo. ¿Comprende? De no intervenir míster Forrester, dejando las cosas tal y como estaban, nada de esto hubiera sucedido. Por otra parte, si es verdad que mi hermano le dijo que conocía la identidad del asesino, cosa que dudo, él debió guardárselo para mí mismo.

Calló con los ojos fijos en el teniente mientras que G. Campbell

nos miraba a los dos, pero sin decir nada.

El interrogatorio continuó por espacio de media hora más sin que ninguno de los dos pudiera aportar la más débil luz a aquel enigma.

Después salimos camino de la «Morgue». Ya en la acera, cerca del coche policíaco me despedí de Richard. Luego permanecí inmóvil mientras el largo y potente coche se ponía en marcha como un meteoro haciendo sonar la sirena.

Busqué un taxi, que encontré cuando ya desesperaba de ello. Di las señas de casa de Jessica, me arrellané en el asiento, cerré los ojos y me dediqué a pensar.

Y no en ella precisamente.

Jessica estaba levantada, esperándome, cubierta con una tenue «neglige» rosa, de lo más provocativo e insinuante que yo había visto en mi vida.

Vino a mis brazos con un pequeño grito y se colgó materialmente de mi cuello. Cuando nos calmamos un poco, ella preguntó:

—¡Oh, Lex! ¡Qué susto he pasado! ¿Qué… qué es lo que ha ocurrido, querido? Llevándola de la cintura en dirección al *living*, repliqué:

—Han asesinado a Joel Stillman. El hermano de…

Se detuvo en seco, en medio del pasillo, y me miró fijamente, un tanto pálida.

—Sé quién es Stillman, querido —dijo después, muy suavemente —. Y también el porqué de su muerte.

—¿Sí…? —pregunté por ver si ella había pensado lo mismo que yo.

—¡Claro, Lex! Ese hombre te dijo que sabía quién era el asesino de Freeman, ¿no? Tú lo escribiste en un papel, dando un informe a G. Campbell. Supongo que el asesino lo leyó y… —Se interrumpió para hacer una pausa y luego preguntó—: ¿Cómo ocurrió, Lex?

Tiré de ella hasta el *living*, y una vez en él repliqué mientras me dejaba caer sobre uno de los cómodos sillones:

—Del mismo modo que Freeman, ricura. Alguien le atropelló, y después pasó las ruedas del coche tres o cuatro veces por encima de su cadáver. Lo mismo que Freeman, y en el mismo lugar. Con un sadismo satánico, ese hombre o esa mujer ha querido dar un toque

maestro *a* su trabajo, llevando a Joel Stillman al mismo lugar donde mató a Freeman.

—Siendo así, ¿quieres decirme lo que pretende con eso? No creo que intente demostrar o hacer saber a la policía, de un modo fehaciente, que un crimen está relacionado con el otro, ¿verdad?

La miré admirativamente. Inteligente chica que ahora llenaba mi mente de extrañas ideas con respecto a ella.

—Creo que llevas razón —repliqué haciendo un esfuerzo por apartar de mi mente lo que estaba pensando en aquel momento—. Pero ¿por qué?

Jessica me miró risueña.

—Creo, Lex, que si supieras el «por qué», también sabrías quién es su asesino.

—Así lo creo yo también, ricura —calló unos segundos y luego pregunté—: En vez de charlar tanto, ¿por qué no me sirves algo de beber, cariño?

Mis palabras tuvieron la virtud de ruborizarla.

—¡Oh, Lex! —exclamó con el rostro encendido—. Perdona si me distraje —hizo una deliciosa mueca con los labios y añadió—: Te he preparado algo de cenar. Supuse que tendrías hambre cuando llegaras.

—Eres un sol, querida —repliqué—. Anda, sé una buena chica y sírveme algo de beber mientras hablamos un poco más.

Me sonrió, dio media vuelta y se alejó envuelta en nubes rosas de transparente nylon. Cerré los ojos, y así me sorprendió su pregunta, cuando llegó a mi lado sin que yo la oyera.

—¿Qué piensas hacer ahora, Lex?

Abrí los ojos para mirarla y alargué la mano para tomar el vaso que me ofrecía. Bebí un poco, lo deposité sobre la mesita ratona y entonces repliqué:

—Preciosa, creo que voy a continuar con este caso, a pesar de la policía, y a pesar de todos los G. Campbell que hayan en nueva York.

—¡Lex!

Bebí otro poco más, y mientras lo hacía, ella añadió, en extremo preocupada:

—Sabía que lo harías, Lex. A pesar de mí misma. Mirándola fijamente repliqué:

—Me fascina este caso, ricura.

—¡Sí! ¡Ya lo sé! —afirmó con sarcasmo—. Como todos tus casos, Lex.

—Éste es diferente.

—Todos tus asuntos son diferentes, Lex, hasta que ya no haya otro, porque te maten. Sin darme tiempo a replicar dio media vuelta y se alejó camino de la cocina.

Me bebí el *whisky* lentamente y después me puse en pie.

Efectivamente; Jessica estaba en la cocina calentando la cena que había hecho para mí. La prendí de la cintura, pero ella no respondió. Entonces incliné la cabeza sobre su oído y pregunté:

—¿Enfadada, preciosa?

Y antes de esperar a que me replicara, si es que verdaderamente deseaba hacerlo, la besé. Un rato después notamos olor a quemado.

—¡Tu cena, Lex!

No pude por menos de reír.

* * *

Telefoneé a Larry apenas llegué a la oficina. Tuve suerte; el sabueso estaba en su casa. Rápidamente me dio cuenta de todo lo que había averiguado, que era bien poco, y terminó diciendo.

—¿Algo más, Lex?

Fruncí el ceño durante unos segundos y repliqué:

—Sí. Quiero saber las señas de una muchacha llamada Vera Jones. Ella iba a casarse con Pool Freeman, y deseo verla. Trabaja con G. Campbell.

—Dame sus señas personales, Lex.

—Compóntelas como puedas, ya que no las tengo.

Y colgué antes de que pudiera mandarme al cuerno o a otro sitió mucho peor.

Acababa de hacerlo cuando sonó el timbre. Levanté de nuevo el auricular pegándolo a mi oído.

—¿Diga…? —pregunté.

—Hola. ¿Eres tú?

Me quedé de una pieza. No me cabía en la cabeza que Richard O'Hara
me llamara después de lo que le había dicho la noche anterior.

—Claro que soy yo —repliqué—. ¿Qué se te ha roto ahora, Richard?

—Nada, pesquisa. Simplemente he querido darte una noticia, si es que te interesa.

Solté un gruñido, pero no repliqué. Como esperaba, Richard continuó después de mi expresión.

—Delante de mis ojos tengo el informe del forense, Lex —dijo—. Joel Stillman no fue muerto por el auto que le atropelló. ¿Te dice eso algo?

Permanecí en silencio y entonces él preguntó:

—Lex… Lex, ¿estás ahí?

—¿Dónde quieres que esté, sino escuchándote a ti? Pero no pregunté lo que él indudablemente deseaba que preguntara. Continué callado esperando a que hablara de nuevo, y lo hizo con una pregunta:

—Bueno, Lex —dijo—; ¿te interesa o no te interesa saber cómo murió verdaderamente Joel Stillman?

Me interesaba en grado sumo, pero lo que dije fue:

—Te he dicho que no voy a intervenir más en este caso, Richard. Por lo tanto…

Me interrumpió su risotada. Después sus palabras sonaron a mis oídos en forma atropellada.

—Stillman murió de un golpe en la cabeza que le fracturó el cráneo, pesquisa. Después de esto, según creo, el criminal le metió en su coche y lo llevó al lugar en que atropellara a Freeman. Comprendes, ¿no? Hecho esto lo tiró a la calzada y, después pasó el coche unas cuantas veces por encima del cadáver para dar la sensación que había sido atropellado allí mismo. ¿Cuál es tu opinión?

No pensé la respuesta ni un solo segundo:

—Que te vayas al diablo tú y todos tus cadáveres, Richard —dije.

Al instante oí su risa a través del «micro» y colgué. Hecho esto saqué la botella de *whisky* del cajón central de la mesa despacho y bebí directamente de la misma con los ojos fijos en la chica del calendario.

Pensando en todo lo que Richard me había dicho. El viejo zorro sabía que yo no iba a dejar aquel caso. Y pensando en esto recordé

a G. Campbell y las palabras que sostuve con él cuando termine con mi intervención oficial en el caso.

En los dólares que le había pedido.

Entonces alargué la mano hacia el auricular, pero no llegué a tocarlo. Pensé que era mucho mejor no volver a tratar del asunto. Después de todo, yo ya había recibido de sus manos el precio que estipulaba al principio. ¿Por qué, pues, pedir más?

Sumido en un mar de pensamientos continué bebiendo y mirando a mi chica (la del calendario, claro), hasta que noté que mi estómago empezaba a pedirme algo de comer.

Me levanté del sillón, guardé la botella y me puse el sombrero. Empecé a caminar hacia la puerta.

Entonces sonó el teléfono.

Con una mueca de fastidio, pensando que sería Larry, atravesé la estancia y levanté el auricular.

—¡Dígame! —pedí secamente.

—¿Lex Forrester? ¿Es usted?

—Hola, encanto. ¿Qué ocurre? La noto excitada. Era mi rubia. Cinthia.

Replicó al instante:

—Ha estado aquí la policía. Lex —dijo atropelladamente—. Nos han hecho un sinfín de preguntas. ¡Oh, Lex! ¡Es horrible! —hizo una pausa que no quise interrumpir, y al cabo de unos tres o cuatro segundos añadió—: ¿Dónde podemos vemos, Lex? Es muy importante.

—¿Ahora mismo? —pregunté de inmediato.

—Sí, claro. Ahora, si puede ser.

—Wall Street está lejos de mi oficina, monada —repliqué—, y usted tiene que ir a trabajar esta tarde.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado del hilo y al fin ella dijo:

—No creo que por faltar esta tarde, me den un disgusto, Lex. Por lo tanto le espero aquí.

—¿Tan importante es, preciosa? —pregunté evidentemente intrigado.

—Usted juzgará cuando se lo cuente. ¿Le espero?

—Si, monada. ¿Dónde?

—Estoy comiendo en el mismo restaurante donde usted me

llevó, Lex —replicó.

—De acuerdo, encanto. Espéreme, que enseguida estoy con usted. Colgué sin esperar respuesta, salí a la calle y fui en busca del Cadillac.

CAPÍTULO XI

Cinthia tenía frente a sí un «Manhattan», con cubitos de hielo, y se encontraba encaramada a uno de los altos taburetes con la estrecha falda a medio muslo, ofreciendo un espectáculo fascinante.

Miré en torno. Hombres y mujeres estaban fijos en ella, sin que al parecer Cinthia se diera cuenta de ello.

Avancé hacia la barra y me coloqué a su lado. Se volvió para mirarme y sonrió.

—Hola, pesquisa —dijo—. ¿Paga usted este Manhattan, o lo pago yo? Sonreí.

Después pedí otro y la miré fijamente.

—¿Qué es ello, ricura? —pregunté.

Cinthia bebió un poco, miró en torno sin hacer nada por bajarse la falda y después clavó sus insondables ojos en mí.

—Se trata de Vera Jones, Lex —dijo—. De Vera, y del asesinato de míster Stillman. Apenas si pude contener un respingo. Ella se dio cuenta y preguntó en tono burlón:

—¿Sorprendido, pesquisa?

Pregunté a mi vez sin hacer caso a la suya:

—Vamos, Cinthia, ¿qué hay de *miss* Jones?

—Ayer tarde la vi en compañía de míster Stillman.

—¿Dónde? ¿A qué hora?

—Sobre, las ocho de la noche, y en la calle Diecisiete. Mi cerebro empezó a funcionar a marchas forzadas.

Bebí largamente mientras trataba de coordinar mis dispares ideas hasta que repentinamente pregunté:

—¿Qué ocurrió después, preciosa?

Cinthia clavó sus ojos en los míos y replicó:

—Le entiendo, querido.

—Quiero decir que si los siguió. Que si sabe dónde fueron después.

—No, Lex. No les seguí. Simplemente que la cosa me chocó, ya que me consta que a Vera no le era simpático míster Stillman. De esto, pesquisa, no le hubiera dicho nada, pero nos hemos enterado del asesinato de míster Stillman y…

—¿A quién le ha contado esto además de a mí, Cinthia? Le miró con aire ofendido.

—A nadie, Lex. No soy una muchacha habladora.

Sonreí en mi interior, y luego pregunté, con el pensamiento puesto en Larry:

—¿Sabe dónde vive *miss* Jones?

—¡Lex! ¿Es que va a ir a verla?

No repliqué de momento. Bebí hasta apurar el vaso y después salté del taburete al suelo. Hecho esto deposité un billete sobre el pulido mostrador y pregunté:

—¿Lo sabe, Cinthia?

Me sonrió después de imitarme en un todo, y luego dijo ya en pie, frente a mí.

—En Washington Square, pesquisa. ¿Piensa ir ahora?

—¿Es que no ha ido a trabajar tampoco?

—Sí que ha ido. Y precisamente por eso se lo digo. Ahora, en su apartamiento, no encontrará a nadie.

—De acuerdo, esperaré. ¿Dónde la llevo, monada?

Me lo dijo. La tomé del brazo sin que protestara, y nos fuimos.

Eran las nueve y treinta de la noche cuando la dejé para ir al apartamiento de Vera Jones.

Pulsé el zumbador de la puerta y esperé. Vera Jones, en mujer, era algo definitivo.

No mucho más alta de lo normal, era la criatura más perfecta que imaginarse pueda uno. Su pelo largo, castaño, le caía en ondas hasta sus morenos y bien torneados hombros, y desde la punta del mismo, hasta la de los pies, chiquitos y calzados con zapatillas para andar por casa, era la perfección hecha mujer.

Me miró con gesto interrogativo.

—Me llamo Forrester, *miss* Jones, y deseo hablar con usted. Su rostro se nubló.

—Usted es el… Bueno, creo que míster G. Campbell contrató a

un detective privado, ¿no?

—Sí. Y yo soy ese detective pri… Me atajó con un ademán.

—Usted ya no está encargado de investigación alguna, míster Forrester. Por lo tanto nada le da derecho a venir a importunarme. ¿No es así?

Hizo ademán de cerrar la puerta sobre mis narices e introduje el zapato entre el marco y la puerta.

—Creo que será mejor que me reciba, *miss* Jones —dije secamente—. Tengo a un testigo que afirma que usted estuvo anoche con míster Stillman en la calle Diecisiete, y míster Stillman ha muerto asesinado. ¿Puedo pasar?

Su rostro amenazaba tormenta y sus ojos oscuros, rasgados y grandes estaban brillantes, pero se apartó del hueco de la puerta para dejarme pasar.

Cerró a mi espalda y después pasó por mi lado diciendo:

—Sígame, ¿quiere?

Fui detrás de ella hasta el *living*. Allí se volvió a mirarme y preguntó:

—¿Quién es ese testigo tan importante, míster Forrester?

No me invitó a que me sentara, pero yo lo hice en uno de sus cómodos sillones, lanzando una mirada circular en torno.

La chica vivía bien. Esto lo pensé, pero lo que dije fue:

—¿Por qué no trae algo para beber, se sienta frente a mí y hablamos, ricura?

Su rostro se coloreó intensamente y vi claramente que estaba a punto de dar el estallido.

Me preparé.

Pero no fue así. Repentinamente, y ante mi estupor, ella dio media vuelta y contoneando sus magníficas caderas se alejó de mí, yendo al mueble bar y al frigorífico.

Regresó con un alto vaso más que mediado de *whisky* y algunos cubitos de hielo.

Alargó el brazo para entregármelo y murmuró:

—¿Por qué se mete en esto, míster Forrester?

Confieso que me sorprendió, ya que era una pregunta qué no esperaba en modo alguno.

Bebí un poco antes de replicar. Y cuando lo hice fue con una pregunta y por lo tanto dando la callada a la de ella:

—¿A qué hora se separó usted de míster Stillman? Ella denegó primero con la cabeza.

—No he visto a míster Stillman, a solas, desde hace mucho tiempo. Quien le haya contado eso de mí ha mentido.

Hice una mueca.

—¿Ha pensado alguna vez que la policía no se mostrará con usted tan amable como yo? ¿Ha pensado que usted ha sido la última persona que vio vivo a míster Stillman?

—Beba eso, pesquisa, y lárguese. Ya he contestado a su pregunta, y eso es todo lo que tengo que decir respecto a ella.

La ataqué por otro lado, fijándome por primera vez en la tristeza que había en sus ojos.

¿Era por la muerte de Pool Freeman?

Pregunté por aquel lado, como digo anteriormente:

—¿Es verdad que iba a casarse con míster Freeman?

—Sí.

—¿No sospecha quién le mató?

—No, no tengo la menor idea.

La miré de pies a cabeza y repliqué:

—Lo que no me explico es cómo una mujer como usted llegó a enamorarse de Freeman, si es verdad todo cuanto me han contado de él.

Quería verla furiosa y lo logré, ya que dio un paso hacia mí y espetó:

—¡Lárguese de una vez, bastardo!

Extendió el brazo señalando la puerta y repitió más cando las palabras:

—¡Lárguese, bastardo! ¡Lárguese de una vez!

Me puse en pie después de apurar el *whisky* y retrocedí sin dejar de mirarla. Atravesé la puerta del *living*, rectamente hacia la de la calle y ya con la mano sobre el tirador de la misma, la enfrenté:

—Mañana tendrá la visita de la policía, *miss* Jones. Y lo voy a sentir por usted. ¿Por qué no me cuenta lo que ocurrió entre usted y míster Stillman?

—Míster Stillman era un cerdo, pesquisa. Ahora lárguese con viento fresco. Abrí la puerta y salí al pasillo. Ella cerró de inmediato.

Bajé hasta la planta baja, utilizando la escalera, y salí a la calle

pensando en el teniente
O'Hara
y en la conveniencia de contarle todo, cuanto sabía.

Pensando en Vera Jones, y en si debía o no entregársela a él. Cierto que ella se negaba a hablar, y cierto también que cuando la policía hablara con Cinthia ésta hablaría a su vez, y por los codos.

Rectamente, pensando en los pros y los contras, avancé hacia la playa de estacionamiento donde había dejado aparcado mi coche. Puse la mano en el tirador de la portezuela, y entonces, sobre el cristal de la cerrada ventanilla, y de una forma súbita, se plasmó una estriada estrella.

No oí el estampido del disparo, pero me lancé al suelo de inmediato mientras que a mis oídos llegaba el golpe del segundo proyectil cuando se enterró en la carrocería, al mismo tiempo que el zumbido del motor de un coche, acelerando endiabladamente.

Entonces me puse en pie, haciéndolo con la misma rapidez que me había lanzado al suelo, y llevando la «Lugger» en la mano. Pero el coche doblaba ya por la esquina inmediata.

Por lo tanto subí al mío. Di el encendido, embragué metí la marcha y soltando el embrague pisé el acelerador.

El «Cadillac» saltó como un potro desbocado.

Empezaba la persecución. No deseaba dejarlo escapar. No podía hacerlo. Sabía que el que acababa de disparar contra mí era el mismo que había asesinado a Pool Freeman y a Joel Stillman. Ahora no se trataba de un tercero, lo mismo que la primera vez. Ahora era el mismo asesino el que se había atrevido a atacarme.

¿Vera Jones?

No podía ser en modo alguno. ¿O tal vez sí? ¿Era ella acaso quien con engaños había llevado a Stillman al lugar donde fue asesinado?

Doblé la esquina siguiente sobre dos ruedas, haciendo sonar, el claxon, pero cuando lo hube hecho me di cuenta que la persecución acababa allí.

Frente a mí, a lo largo de la calle, no se veía un solo coche. Del otro coche, pintado en negro, no se veía ni rastro.

Crucé la primera bocacalle de la derecha, mirando, y nada. Tampoco la de la izquierda, una cuadra más abajo. Por lo tanto, soltando maldiciones conduje directamente hacia mi apartamiento,

con lo cual, Jessica se quedó esperándome.

A la mañana siguiente ya tenía una idea con respecto a la bella Vera. Una idea, si se quiere, un tanto descabellada. Una idea, llena de malas intenciones en lo que a ella se refiere.

Por lo tanto me di una rápida ducha, me vestí y salí a la calle. Tomé un ligero desayuno en el bar de la esquina y después, empuñando el volante, me dirigí rápidamente hacia Wall Street.

Una de las muchachas, pelirroja, y tan hermosa como las demás, me miró fijamente cuando pregunté por G. Campbell.

Me conocía, me había visto allí, lo mismo que todas, y no obstante, preguntó:

—¿Tiene usted hora designada para la cita con míster G. Campbell?

—No, rica —repliqué—. Pero míster G. Campbell me recibirá ahora mismo. Dígale que es importante. Se trata del asesinato de míster Stillman. ¡Ah! Y si no quiere recibirme, dígale que he dicho yo que en mi lugar vendrá el teniente
O'Hara
del Departamento de Homicidios.

La chica me hizo una mueca mientras replicaba:

—De acuerdo, pesquisa, se lo diré así.

Me dejó solo antes de que pudiera replicar.

Quince minutos más tarde me encontraba en el interior del despacho de G. Campbell, que apenas verme se levantó del sillón que ocupaba y preguntó sin preámbulo alguno:

—¿Qué significa eso, Forrester?

—¿El qué? ¿Lo que le he dicho a esa preciosa pelirroja?

—¡Claro! ¿Qué infiernos está tratando de…?

—Nada de infiernos, G. Campbell —atajé en seco—. Se trata de *miss* Vera Jones. Anoche estuve hablando con ella en su propio apartamiento, ¿comprende?

—No. No le comprendo a usted.

—Pues es sencillo. *Miss* Jones dice que ella sabe quién mató a su prometido y a míster Stillman.

Se atragantó.

Durante unos cuantos segundos me miró como si no me hubiera visto nunca mientras que yo pensaba que aquélla era la mentirá más grande que había dicho nunca, y después borbotó:

—¡Está usted mintiendo, Forrester! ¿Qué juego se trae entre manos? Vamos.

¡Explíquese!

—¿Juego? Ninguno, míster G. Campbell. El mismo juego que me traía el día que afirmé que míster Stillman me había dicho lo mismo. Y él murió por esas palabras. No lo olvide. Ahora, si no me cree… ¡haga lo que quiera!

Permaneció completamente inmóvil, sin apartar sus ojos de los míos hasta que finalmente preguntó con la voz un tanto ronca:

—Suponiendo que sea verdad, ¿qué pretende con venir a contármelo a mí?

—Simplemente continuar con la investigación, y pedirle a usted que interceda, que hable con ella para que nos cuente todo lo que sabe. Una vez que se sepa la verdad de esto, su vida peligrará tanto o más que peligró la de míster Stillman.

No replicó en un espacio bastante largo de tiempo. Finalmente se derrumbó sobre el sillón y dijo:

—Lo último puedo hacerlo, pero con respecto a usted… Bueno, tengo que contar con el consejo de administración.

—Pues hable con ellos —repliqué heladamente—. Yo debo irme ahora, pero volveré esta misma tarde para que me de su respuesta. Y por favor, no lo olvide; la vida de *miss* Jones peligra.

Di media vuelta y sin esperar respuesta salí del despacho. Diez minutos después me encontraba en el interior de un bar, en la cabina telefónica, intentando localizar a Larry.

Lo conseguí a la tercera tentativa, y sus primeras palabras fueron:

—He estado tratando de localizarte, Lex. No sé dónde diablos te metes. Tu amor, esa bailarina, no sabía dónde estabas. Bueno, las señas de esa Vera Jones son…

—Ya lo sé, Larry —atajé—. Ahora escucha. Se trata de lo siguiente…

Durante unos minutos estuve explicándole lo que deseaba que hiciera, y acabé diciendo:

—No deseó que la maten, Larry. Si ocurriera así, no me lo perdonarla nunca.

—¿Has pensado alguna vez que ella puede ser la asesina, Lex?

—Sí —dije—. Pero no lo es.

—¡Eh! ¿Cómo estás tan seguro?

—Por la sencilla razón de que creo saber quién la hizo. Sólo me faltan pruebas.

—Entiendo. Eso quiere decir que has puesto a la chica como cebo, ¿no? Pues puedes apostar a que cuando se entere no le gustará.

—No, ya lo sé, pero no tengo más remedio.

Colgué y fui a la barra, donde pedí un *whisky* doble.

CAPÍTULO XII

Cuando alcancé mi oficina el timbre del teléfono estaba sonando rabiosamente.

Abrí la puerta de un empujón, y pensando en G. Campbell atravesé el despacho y levanté el auricular.

No era Campbell. Era Jessica.

—Hola, golfo —dijo por primera providencia—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Ocupado, ricura —repliqué.

—¿Morena o rubia? Pensé en Vera Jones.

—Castaña, preciosa —dije.

Se hizo un largo silencio al otro extremo del hilo. Después ella habló de nuevo:

—¿Nada más?

Entendí su pregunta lo mismo que la entendía a ella.

—Fue solo unos minutos, preciosa —repliqué—. Nada más que unos minutos.

—¿Y después? —quiso saber. Sonreí bien a mi pesar.

—Estuve buscando una licencia matrimonial, Jessica —mentí, aunque sólo en parte, ya que esto era lo que estaba deseando hacer —. Voy a casarme, ¿sabes?

El silencio, al otro lado del hilo, se hizo angustioso. Después, la voz de Jessica sonó completamente alterada.

—¿Quién es ella, Lex? —preguntó.

—Tú, si eres tan buena chica como para esperarme esta noche en el «Pinacle». Hubo una exclamación ahogada, después un suspiro, y luego un sordo choque.

—¡Jessica! —exclamé—. ¡Jessica! Jessica…

Colgué, me encogí de hombros, pensando que las mujeres son

muy extrañas, enormemente extrañas, y me dejé caer en el sillón que había detrás de la mesa despacho.

Abrí el cajón central, saqué la botella de *whisky*, levanté las piernas y puse los pies sobre el tablero de la mesa, y empecé a preguntarme por qué diablos Jessica se había desmayado. Yo estaba seguro, que nada en este mundo la haría desmayar y…

¡Bueno, cosa de mujeres!

Aquel caso lo tenía resuelto o por lo menos lo creía así. Ahora sólo me faltaba ponerme en contacto con G. Campbell y de nuevo con Vera Jones.

Pero había algo más. Algo que no sabían ni Vera ni G. Campbell. Y es que a pesar de todo, yo pensaba continuar hasta el final. En el caso de que el consejo de administración se negara a ello yo continuaría.

Y lo iba a hacer, porque para aquella misma noche ya deseaba tener terminado el asunto.

Continué pensando por espacio de varios minutos más, aunque tal vez pudieren ser horas, hasta que unos golpes dados contra la puerta interrumpieron mis meditaciones.

Me interrumpí violentamente y después de mascullar algo entré dientes fui a abrir. Esperaba todo menos aquello.

Frente a mí, sonriéndome sin alegría alguna, llevando una blusa con enorme escote, amén de unos cortísimos, «*shorts*», mostrando las desnudas y morenas piernas en su totalidad, se encentraba Belle G. Campbell.

Me aparté de la puerta con el ceño tan fruncido como el de ella.

Entró sin dirigirme una sola mirada, miró en torno, y se sentó tranquilamente frente a la mesa despacho, que rodeé sin pronunciar palabra, y también sin mirarla.

Me acomodé en el sillón, extendí las piernas sobre la mesa, tomé la botella de *whisky* y bebí directamente de la misma. Luego extraje le paquete de cigarrillos, encendí uno y me entretuve en lanzar anillos de humo hacia el techo, hasta que ella me interrumpió con una pregunta:

—¿Hasta cuándo va a durar esto, míster Forrester?

Arqueé las dos cejas mirándola, según juzgué yo mismo, en el colmo del asombro.

Por lo tanto repliqué también con otra pregunta.

—¿Quiere explicarse, Belle?

Casi estuvo a punto de ponerse en pie al notar de inmediato que yo la llamaba por su nombre de pila, sin respeto alguno.

—Simplemente que creí que usted había dejado ya este caso —replicó después de unos cuantos segundos de silencio en los cuales luchó consigo misma—. Pero me equivoco, ¿verdad?

—Efectivamente, se equivoca de medio a medio, Belle. ¿Por qué había de dejarlo?

Aparté los pies de encima de la mesa y la miré de frente notando que su hermoso busto alentaba fuertemente bajo la escasa tela de la blusa.

Finalmente hizo la pregunta que yo esperaba. No una pregunta como la que yo creía que haría, pero sí bastante parecida:

—¿Cuánto le ofrecí primeramente para que dejara este caso, míster Forrester?

—Creo que fueron quince mil dólares.

Quedó pensativa unos cuantos segundos al cabo de los cuales replicó:

—Sí, creo que fue eso. —Vaciló durante un breve espacio de tiempo y luego añadió—: ¿Cuánto desea para largarse de Nueva York durante una buena temporada, usted y ésa bailarina, míster Forrester?

Me quedé sin respiración. Al parecer, todo el mundo conocía a Jessica, cosa que no me gustaba en modo alguno. ¿La conocería también el asesino?

Mientras pensaba en esto, ella apremió:

—¿No contesta, míster Forrester?

—Nada tengo que contestar, Belle —repliqué—, ya que no me voy. Arqueó una de sus finas cejas. Luego replicó fríamente:

—Creo que ahora tiene dónde escoger, Lex. Cincuenta mil dólares, y esa bailarina, o la misma cantidad y yo misma, pero lejos de aquí. Brasil pongo por ejemplo.

La miré de pies a cabeza. Belle G. Campbell me gustaba casi tanto o más que la chica del calendario. La proposición era altamente tentadora. Cincuenta mil dólares y ella misma.

Jessica y todas las demás se borraron de mi mente. Me puse en pie y rodeé la mesa mientras que ella me imitaba levantándose del sillón.

Luego quedamos frente a frente, mirándonos. Yo con los ojos fijos en sus rojos y sensuales labios, abiertos, temblorosos e incitantes.

Di un nuevo paso hacia ella y Belle dio otro en dirección contraria.

—¡Oh, Lex…! —suspiró.

Después noté sus labios sobre los míos y el dogal de sus brazos en torno a mi cuello. Su beso y sus caricias. Y entonces, aun en contra de mi voluntad, el recuerdo de Jessica me golpeó como un mazo.

Lentamente, pero con firmeza, la fui apartando de mí. Cuando lo logré su seno alentaba descompasadamente bajo la tela del vestido, y sus ojos se mostraban brillantemente turbadores.

—Lex, querido.

Dio otro paso y procuré no mirarla. Como a propulsión a chorro, todo lo que me habían contado de ella pasó por mi imaginación. Incluso el recuerdo de Pool Freeman, el hombre que había sido su amante y que luego murió asesinado, poco antes de que fuera a casarse con una muchacha llamada Vera Jones.

—La verdad, Belle —dije fríamente y sin dejar de mirarla a los ojos—, ¿qué es lo que te mueve a hacerme esta proposición? ¿Es por mi cara preciosa, ricura?

—¡Lex!

Se interrumpió mirándome fijamente, y luego replicó con voz extrañamente suave:

—Creí que ya te lo había dicho antes. Claro que tú no comprendes nada de tradiciones familiares. Tradiciones que en torno a ellas no pueden consentir el menor asomo de escándalo, querido. Ésa es mi respuesta.

Pensé en G. Campbell, su marido, y una sonrisa un tanto cínica y tal vez cruel, afloró a mis labios.

—Lo siento, dulzura —dije—, pero no acepto. Cierto que no entiendo mucho de tradiciones familiares ni de ninguna de esas zarandajas, pero cierto también que yo me atengo a un código. Un código muy mío, nena. Y es que nunca dejo un trabajo después de haberlo empezado. Ahora, si hablaras claro, si me dijeras la verdad, tal vez yo pudiera hacer que el escándalo, si lo hay, si es que verdaderamente no puedo evitarlo, no alcance tu lindo cuerpo con

sus salpicaduras de barro. Por última vez, Belle, ¿por qué no quieres que continué investigando?

Hizo una mueca. Su mirada se tornó un tanto dura, dio un par de pasos hacia atrás y dijo lentamente:

—Te he dicho la verdad, Lex. Pero tú no comprendes, o no quieres comprender. Desde luego no te culpo estando de por medio esa bailarina. Es más joven que yo, y tiene muchas cosas… también mejores que las tengo yo. Adiós, Lex;, y cuídate.

Suspiré con alivio cuando se marchó sin más, y a pesar de que mi mente, igual que siempre, empezaba a trabajar a marchas forzadas.

Repentinamente consulté el reloj. Alargué la mano hacia el teléfono y disqué. Larry, tal y como esperaba, estaba en el bar donde yo había comido con Cinthia.

—¿Algo nuevo, Larry? —pregunté.

—Nada por ahora, Lex. Esa preciosa muñeca continúa dentro de las oficinas. Al parecer no sale a comer fuera, lo que es una verdadera lástima. Es un verdadero bombón, muchacho. Oye: ¿qué les das? ¿Por qué no me presentas a unas cuantas como esa…?

—Continúa vigilando y no la pierdas de vista ni un solo segundo a partir del momento en que salga de las oficinas, ¿comprendes?

Colgué antes de que pudiera darme su asentimiento, y luego miré el reloj.

No lo pensé. Tomé el sombrero, me lo encasqueté y salí a la calle rectamente hacia el lugar donde había aparcado mi coche.

Empuñé el volante.

Cientos de pares de ojos me miraron cuando atravesé la espaciosa y principal nave de aquélla oficina de Wall Street mientras que el silencio se hacía pesado y hasta cruel, ya que las máquinas de escribir habían enmudecido.

Pero igual que aquella vez, tampoco pude llegar a él, en un principio. Pero ahora no fue Cinthia la que lo impidió.

Repentinamente, y un par de puertas antes de llegar al mismo, vi abrirse una de ellas y por el hueco de la misma apareció el semblante hermoso y un tanto angustiado de Vera Jones.

Estaba asustada. Todo el empaque con que me recibió en su apartamiento había desaparecido de ella, de sus ojos, y de toda su actitud.

—Míster Forrester… —llamó suavemente.

Me acerqué llevando una helada sonrisa en los labios, tal y como correspondía a aquel momento.

—¿Qué desea, *miss* Jones? —pregunté fríamente y aparentando un desinterés que me costó un evidente esfuerzo el conseguirlo.

—Por favor, deseo hablar con usted. Debo hablar con usted, míster Forrester.

—Tendrá que esperar un poco, *miss* Jones —dije sin perder mi frialdad—. Ahora me está esperando míster G. Campbell. ¿Dónde puedo verla?

Desde la puerta, ella lanzó una mirada circular a la gran nave mientras que las miradas de las muchachas no se apartaban de nosotros.

—Aquí mismo, míster. Forrester. ¡Por favor, no me falte!

Sonreí en mi interior. La cosa marchaba. No me gustaba lo que había hecho, pero la cosa marchaba.

—No faltaré —repliqué mientras daba media vuelta y empezaba a avanzar rectamente hacia la puerta que conducía directamente al despacho de G. Campbell.

La empujé, pero ésta se abrió casi un segundo antes, de que lograra hacerlo del todo. Creo que me asombré tanto como ella. Porque frente a mí apareció la deliciosa figura de Cinthia, que abrió unos ojos como platos al verme.

Luego casi me empujó fuera y cerró a su espalda.

—¡Lex! ¿Va a ver al viejo?

El viejo tenía que ser G. Campbell. Para mí no cabía la menor duda; Por lo tanto me abstuve de preguntar y asentí en silencio con un suave movimiento de cabeza.

—Pues está furioso, pesquisa.

Aquello era nuevo para mí. No conceptuaba a G. Campbell, en modo alguno, individuo capaz de ponerse furioso por nadie y por nada.

—¿En contra mía, ricura?

Me sonrió abiertamente, y acto seguido replicó:

—¡Oh, no! Es a causa de la pobre Vera.

—¿Qué le ocurre a Vera? —pregunté súbitamente interesado a pesar de que creía saber cuál iba a ser la respuesta de Cinthia.

—Pues no lo sé con seguridad, aunque algo he oído decir.

—¿De qué se trata?

Miró en torno, después clavó sus ojos en mí y replicó:

—Mire, Lex; alguien ha dicho aquí que ella habló con usted, y que declaró que sabía quién mató a míster Stillman —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Míster G. Campbell la ha llamado, esta mañana, y Vera se ha negado a ir a su despacho. La ha vuelto a llamar un par de veces más, siempre con idéntico resultado. El caso es que aún no ha ido, a pesar de que éste la ha vuelto a llamar esta misma tarde.

Aquello me llamó poderosamente la atención. Pregunté:

—¿Quiere decir que *miss* Jones se ha negado a presentarse ante el jefe del consejo de administración de la firma, y a pesar de que éste la ha llamado?

—Así es, y me pregunto por qué.

También me lo preguntaba yo, pero no se lo dije.

Me limité a abrir la boca para formular una nueva pregunta cuando Cinthia me interrumpió diciendo:

—Perdone, Lex, pero debo irme. Míster Tótem nos está mirando.

Pasó por mi lado, y yo empujé la puerta sin lanzar una sola mirada hacia atrás.

Igual que en todo momento (juzgué yo), míster G. Campbell estaba sentado al otro lado de la mesa despacho, en su cómodo sillón, y lo mismo que la segunda vez que fui a visitarle, tampoco se levantó cuando me vio entrar.

CAPÍTULO XIII

—Lamento su decepción más que usted mismo, míster Forrester —empezó.

—¿Por qué? —pregunté acercándome a la mesa. Me miró fijamente, y luego replicó:

—Esta mañana reuní al consejo de administración, y ha denegado su petición.

Hizo una pausa esperando que yo dijera algo, pero permanecí callado, esperando a que él continuara. Lo hizo al cabo de unos segundos de silencio, en los cuales no apartó su mirada de mi rostro.

—Aducen que ya que interviene la policía, los servicios de un detective privado tan caro como usted, huelgan. Y créame que lo siento.

—¿Por qué? —pregunté por segunda vez.

—Porque lo crea o no, yo he sido uno de los que le han apoyado en su petición.

—¿Debo darle las gracias por ello, míster G. Campbell? Sonrió ahora.

—Creo que sí. Pero… Bueno, lo siento. Sin embargo… —hizo una pausa y añadió—: Creo que usted va a continuar con el asuntó por su propia cuenta y riesgo, ¿no?

Estaba recordando la conversación que mantuvimos los dos, no hacía mucho. La recordaba lo mismo que yo, pero no quise hacer mención a ella. Simplemente repliqué:

—Sí, creo que sí.

Ahora sí se levantó, rodeó la mesa y se detuvo frente a mí, casi rozándome.

—Le deseo suerte, míster Forrester —extrajo la cartera y me

tendió un talón—. Para usted. No olvido que yo le contraté para esto, y que soy el responsable de que usted haya dejado, tal vez, algún otro trabajo.

No le saqué de su error. Tampoco miré el talón, pero sí pregunté:

—¿Le molestaría mucho contestarme a una pregunta, míster G. Campbell? Vaciló, y vacilando Replicó:

—Si no es nada más que una…

—Se trata de *miss* Vera Jones. Me han dicho que usted la citó aquí y que ella, resueltamente, se ha negado a venir.

Su rostro se nubló y su voz se tomó brusca.

—Sí, así ha sido. Esa muñeca de bazar se cree que esto no le puede costar el empleo, y es así, míster Forrester. Pero… no le suponía enterado de ello. ¿Quién se lo dijo?

No repliqué de momento. Cuando lo hice fue en forma vaga:

—Lo oí comentar cuando entré en el edificio, míster G. Campbell. Si me pregunta quién o quiénes lo comentaban, mi respuesta sincera es que no lo sé.

Pareció darse por satisfecho con aquella explicación, ya que su voz sonó ahora enteramente normal, cuando preguntó:

—¿Alguna cosa más, míster Forrester?

—No, nada más, por el momento.

Di media vuelta y sin esperar respuesta abrí la puerta abandonando el despacho.

Vera Jones estaba al acecho. Apenas salir de allí la vi enmarcada en la puerta de su oficina y me encaminé hacia ella. Vera desapareció por el hueco entornando la puerta.

La abrí yo, cerrando luego a mi espalda, y la miré. Sus ojos, un tanto asustados, estaban fijos en los míos. De repente dio unos cuantos pasos y me prendió con nerviosa, mano por las solapas de la americana.

—¿Por qué… por qué ha hecho esto conmigo? —Me zarandeó un poco—. Usted no puede, no debe hacerme eso a mí. ¡Por favor, míster Forrester, diga que todo es una mentira, que todo ha sido una invención suya!

Continúo zarandeándome mientras que por su roja boca continuaban saliendo las palabras, en forma atropellada, hasta que la tomé de las muñecas y la aparté un tanto de mí:

—Vamos, *miss* Jones —dije suavemente—, no se ponga histérica. Siéntese y procure permanecer tranquila. Yo…

—¡Cómo puede decir eso! —me interrumpió—. ¿Cómo puede hacer una cosa así, sabiendo que ahora estoy sentenciada a muerte, y por su culpa?

Se apartó de mí, mirándome con horror, y luego se dejó caer en su silloncito, ocultando la cara entre las manos mientras que su prominente seno acusaba el impacto de su acelerada respiración.

Me dejé caer frente a ella en otro de los sillones y extraje el paquete de cigarrillos. Encendí dos y le di uno tocando suavemente una de sus hermosas rodillas, cubiertas de fino nylon.

—Escuche —dije mientras que ella apartaba las manos de la cara para acto seguido tomar el cigarrillo que la ofrecía—, le ruego que me perdone, pero usted se ha negado a colaborar conmigo. Alguien, como ya le dije en cierta ocasión, la vio hablando con míster Joel Stillman. A las pocas horas él era asesinado. Usted niega haberle, matado, claro está, y yo tampoco creo que lo haya hecho, pero la policía opinará de manera contraria, y más si continúa negándose a colaborar. Ahora ¿quiere decirme por qué se citó con Stillman, y de qué hablaron? Es importante, Vera Jones. Sé, me consta, que usted no le estimaba, que le era sumamente antipático, que se había negado a escuchar algunas de sus insinuaciones. ¿Por qué le escuchó la otra noche? Dígame eso, y es muy posible que este desagradable asunto termine hoy mismo.

Se sobresaltó visiblemente, luego aplastó en el cenicero el recién encendido cigarrillo y se puso en pie.

Se me acercó felina, con los ojos brillantes de lágrimas, y espetó cuando ya mis rodillas rozaban con las suyas:

—¡No puedo, créame! ¡No puedo, míster Forrester! Por otra parte, ¿qué interés puede usted tener en esto? Sé que, nadie le ha contratado para continuar interviniendo. Entonces, ¿por qué me ha hecho esto a mí?

—No puedo responder, *miss* Jones —repliqué—, como al parecer tampoco puede usted responder a lo que yo le he preguntado. —Me puse en pie y entonces solté una nueva pregunta—: ¿Es verdad que se ha negado a ir a visitar a míster G. Campbell cuando éste le ha llamado?

Sus ojos lanzaron un extraño destello de luz.

—Sí. Es verdad: Y también es cosa mía.

—De acuerdo, monada —dije, y avancé hacia el teléfono.

Tomé el auricular, lo levanté y empecé a discar. Entonces ella se me echó encima precipitadamente y me sujetó la mano con la que estaba marcando.

—¿Qué está haciendo? ¿A quién llama?

La miré fijamente, unos segundos, y después dije, ya a punto de perder la paciencia:

—Voy a llamar a la policía, niña terca. Se han cometido dos asesinatos, y usted puede ser la tercera en morir, muñeca. Por lo tanto, el teniente O'Hara se encargará de usted. El tiene métodos como los de la Edad Media, para hacer hablar a las personas tan tercas como usted —terminé brutalmente.

—Pero… ¡Usted no comprende, míster Forrester!

Sin replicar me desprendí de su mano y empecé a discar de nuevo. Una vez más, Vera me interrumpió, aunque ahora no me tocó. Simplemente dijo:

—Está bien, pesquisa; usted gana.

Solté el auricular y la miré de frente. Tanto su voz como sus ojos expresaban todo el rencor que sentía en aquel momento.

—¿Qué quiere saber?

—Muy poco, *miss* Jones —dije secamente—. Simplemente el motivo de su cita con Joel Stillman, dónde y a qué hora le dejó, y sobre todo, si éste le dijo dónde pensaba encaminarse después de separarse de usted.

—No me dijo nada, míster Forrester. En cuanto al motivo… ¡Era un cerdo! ¡Un ser despreciable! ¡Eso es todo!

—No, no lo es, y usted lo sabe, *miss* Jones. —Hice una pausa y ella no me interrumpió. Por lo tanto añadí—: ¿La estaba habiendo chantaje?

—Sí.

—¿Por qué?

Bajó los ojos al suelo y se estrujó materialmente las manos, la una contra la otra, pero no me replicó.

—¿Fotografías? ¿Cartas, *miss* Jones? Entonces levantó sus ojos hasta mí y replicó:

—Unas cartas, míster Forrester. Unas cartas que él tenía de cierta persona. Cartas que me escribió a mí, y que yo contesté. No sé cómo logró hacerse con ellas, pero lo cierto es que él las tenía.

—¿Quién le escribió esas cartas?

—Una persona que ya murió. —Vaciló unos segundos y añadió—: Comprenda, míster Forrester, que aquí tengo un buen sueldo y un empleo envidiable; si se llegara a saber esto, todos me tomarían por lo que no soy, además de peligrar mi empleo.

Era un bonito motivo para asesinar a Joel Stillman. Pero ¿y el asesinato de Pool Freeman? Ella iba a casarse con él. Aparentemente no había motivo para aquel primer asesinato. La cosa no cuadraba en modo alguno.

Pregunté por algo bien distinto.

—¿Está segura de que esa persona ha muerto, *miss* Jones?

—¡Claro! —replicó de inmediato—. ¿Algo más?

—Sí, insistir sobre un punto —dije—. Se trata de míster G. Campbell. ¿Por qué no quiso verle cuando la llamó?

Sus ojos brillaron fijos en los míos.

—Cosas particulares que nada tienen que ver con lo que estamos hablando, míster Forrester.

No insistí. Vera Jones ya me había dado bastantes motivos para pensar en aquel endiablado asunto.

Me despedí de ella, y al hacerlo, vi la sorpresa en sus hermosos ojos. Era otra nueva cosa que me haría pensar, pero no pregunté, ni dije nada más. El relato que me había hecho abría ante mí nuevas posibilidades, mientras que otras caían a tierra por su base.

Alcancé la calle rumiando en todo aquello. Una vez en ella me acerqué al bar que había cerca del enorme edificio donde G. Campbell tenía su sede, y entré en él.

Tal y como esperaba, Larry estaba ten la barra, con los ojos fijos en la acristalada puerta que acababa de atravesar.

Me coloqué a su lado y pedí un *whisky*.

Cuando me lo hubieron servido, Larry preguntó:

—¿Cómo ha ido la cosa, Lex?

—Francamente mal —repliqué—. El consejo de administración no quiere saber nada más de mí.

Larry se frotó vías manos evidentemente satisfecho.

—Entonces esto se acabó. ¡Me alegro, Lex!

Eché un jarro de agua fría sobre su desbordante entusiasmo.

—Nada de eso, Lex —afirmé—. Aún queda algo por hacer. Abrió los ojos con asombro.

—¿Sí…? Pues no lo comprendo.

—Lo comprenderás en el acto, Larry. He estado hablando con Vera Jones. Me ha contado algunas cosas interesantes.

—De acuerdo, Lex. Te ha contado cosas interesantes. ¿Y qué? ¿Qué diablos tenemos ahora que ver con todo esto?

—Elemental; muchacho. Esa muchacha está en evidente peligro de muerte, por mi culpa, y no deseo que le ocurra nada. Voy a coger al asesino, aunque sea lo último que haga en este cochino mundo. Y tú me vas a ayudar.

Lanzó un ruidoso suspiro de resignación y replicó:

—De acuerdo, tú mandas. Empecemos. ¿Qué te contó esa Vera del diablo? Lentamente se lo expliqué, y al terminar, Larry preguntó:

—¿Y qué deduces de ello, Larry?

—Que la dama miente.

—¿En qué sentido?

—Ella dice que el hombre que escribió esas cartas ha muerto, pero yo creo que miente.

—¿Por qué? Pudo decirte la verdad, ¿no?

—Sí. Pero no lo creo. Si hubiera sido así, ella no se hubiera negado a dar su nombre. Y hay algo más; esa negativa de presentarse en el despacho de G. Campbell. No lo comprendo.

Larry quedó pensativo unos cuantos segundos, que aproveché para beber largamente. Después dijo:

—Confieso que no entiendo nada. Tú mandas, jefe. ¿Qué hay que hacer?

—Seguirla a todas partes. Y no quiero equivocaciones.

—De acuerdo. ¿Y tú?

¿Lo sabía yo acaso?

—Pensar, Larry —dije—. Pueble que con esto se haga la luz en mi atrofiado cerebro.

Ahora debo irme. Telefonéame después al despacho.

—Lo haré. Y… ¿a dónde vas? Sonreí sin poderlo evitar.

—Es asunto, estrictamente personal, Larry —dije sin perder la sonrisa.

Pagué lo consumido por los dos, y después, sin añadir nada más, alcancé la calle, pensando.

Pero a pesar de mis pensamientos, de mi preocupación, pasé el resto de la tarde haciendo algo qué en aquel momento me interesaba más que nada en el mundo.

Capítulo XIV

Eran las siete de la tarde cuando llegué a la oficina. Puse los pies sobre el tablero de la mesa, después de sacar la botella de *whisky* del cajón central, y me dediqué a pensar.

Tal y como le había dicho a Larry.

En el asesinato de Pool, Freeman, en Jessica, en las palabras de Vera Jones, en las ofertas de Belle G. Campbell y en las palabras de éste mismo. En el asesinato de Joel Stillman y en la negativa de Vera a presentarse a uno de sus jefes. Al más importante.

Y de nuevo en Jessica, y en todo aquello. En las palabras de Cinthia. En el propio Stillman y en lo que éste me dijo sobre el asesino de Freeman, incluyendo el motivo que había tenido G. Campbell para contratar mis servicios como detective privado.

En todo aquello. Una y otra vez. Con machacona insistencia.

Y fue al quinto o sexto vaso de *whisky* (no lo recuerdo muy bien), cuando una tenue luz pareció encenderse en lo más recóndito de mi cerebro.

Era débil, muy débil. Tan tenue que apenas si me hizo mella. Por lo tanto continué pensando en ella durante más de media hora, hasta que me dije a mí mismo que por probar no perdía nada.

Consulté el reloj. Larry no tardaría en telefonearme. O mucho me equivocaba, o Vera Jones se encontraba ya en su apartamiento o camino de él.

Clavé mis ojos en la chica del calendario, evocándola.

Comparándola con Vera tal y como infinidad de veces la había comparado con Jessica.

Tenía que esperar un poco más. Nerviosamente llené de nuevo el vaso y bebí hasta mediarlo. Quince minutos después, incapaz de contenerme por más tiempo, tomé el sombrero y con el llavín en la

mano me deslicé hacia la puerta.

No la alcancé, porque en aquel momento empezó a repiquetear el timbre, del teléfono. Di una zancada y lo tomé. Pero no era Larry, sino Richard:

—¿Qué has estado haciendo, Lex? Sonreí ante su pregunta.

—Nada, Richard —repliqué—. Esperando a que me caiga de cualquier parte un cliente. Aburrido. Eso es todo.

Hubo un silencio al otro lado del hilo que duró más de cinco segundos, al cabo de los cuales oí de nuevo a Richard.

—Si es así, ¿quieres decirme qué hace Larry Durgan siguiendo a esa chica, a Vera Jones?

—¿A mí qué me explicas, Richard? El chico puede haberse enamorado de ella, ¿no?

—Escucha, Lex, creí que en esto íbamos juntos, ¿no?

—Hasta cierto punto, teniente —repliqué.

—¿Qué quieres decir?

Vacilé tentado por contarle la verdad de todo cuanto creía saber. De todo cuanto sospechaba, hasta que me dije que Richard se reiría de mí. Era mejor hacerlo solo.

—Nada, Richard. Simplemente que no sé, nada. El consejo de administración de G. Campbell ha decidido darme de lado, de una forma definitiva.

—No creo que eso te importe mucho, Lex —replicó—. ¿O no es así?

—No, claro que no. Pero decididamente, no sé qué hacer. Después de todo…, es mucho mejor dedicarme a esa bailarina, ¿verdad?

—Celebraré por tu bien que sea así, Lex.

Fui a decir algo, pero colgó. Solté el auricular, y apenas si lo hube hecho, el timbre Sonó de nuevo.

Ahora no me equivoqué. Era Larry.

—La chica está en su casa, Lex. Supongo que no desearás que…

—Eso es precisamente lo que deseo, Larry; que te quedes ahí hasta que mañana, ella vuelva a su trabajo en Wall Street.

—¡Qué Cuernos…!

—¡Escucha, Larry! —atajé en seco—. Mañana podrás dormir, ya que yo te relevaré. Y puedes contar con paga extra. ¿Conformes?

Gruñó algo entre dientes, pero al fin aceptó.

—De acuerdo, Lex, lo haré.

—Gracias, Larry.

Colgué antes de que pudiera decir nada más. Luego quedé contemplando él teléfono con el pensamiento puesto en Jessica. Jessica, que ya estaría en el «Pinacle» dentro de su camerino, arreglándose fiara salir a escena.

Sin darme cuenta empecé a discar. Tres minutos después estaba al aparato. Su saludo fue:

—¿Te espero en casa?

—No.

—Pero, Lex…

—Nada de eso, ricura. Vas a esperarme en el «Pinacle» hasta que yo vaya a buscarte. Después te llevaré a un sitio.

—¿Dónde? —quiso saber.

—Te lo diré después, querida.

Colgué y salí a la calle lanzando de soslayo una mirada a la chica del calendario. Suspiré al cerrar la puerta, y después me dediqué a pensar mientras bajaba la escalera hacia la planta baja.

Caminando hacia el «Cadillac». Haciéndome infinidad de preguntas. ¿Por dónde empezar?

Sonreí. Podía visitar a Belle G. Campbell. Puede que estuvieran los dos juntos. Puede que también la entrevista fuera de lo más acalorada que imaginarse cabe. Puede que más que acalorada fuera borrascosa.

Empuñé el volante.

Me recibió una hermosa doncella, muy joven, con delantalito blanco y cofia del mismo color. Una doncella que me examinó de pies a cabeza, con todo descaro antes de preguntar:

—¿Qué se le ofrece?

—Me llamo Lex Forrester, preciosa, y deseo hablar con *mistress* G. Campbell.

—La señora está muy cansada y no desea que se la moleste, míster Forrester.

—A mí me recibirá —dije adelantando un pie hasta colocarlo entre el marco y la puerta, por si le daba idea de darme con la puerta en las naricee—. Dígale que se trata del asesinato de míster Stillman, preciosa.

De su hermano. Es importante, tanto para ella como para mí. Me

miró por segunda vez, de pies a cabeza, y por fin replicó:

—Está bien, pase usted y espere. Avisaré a *mistress* G. Campbell. Entré.

Ella me indicó uno de los sillones del amplio *hall* y me senté en él. Se alejó de mí, y a continuación desapareció por una de las puertas que había al otro lado del mismo.

No sé cuánto tiempo pasó, ni lo que pensé en aquel espacio de tiempo, hasta que repentinamente oí sus pasos inconfundibles para mí.

Me volví hacia la derecha. Belle G. Campbell, con un frunce en su hermoso ceño, se acercaba con movimientos felinos y los ojos brillantes.

Me puse en pie cuando llegó a mi lado, y en el más completo silencio nos miramos durante unos cuantos segundos, silencio que rompió ella, un tanto fríamente.

—Confieso que no le esperaba, míster Forrester. Ha sido para mí…. ¿Cómo diría yo?

Sí, eso es, una sorpresa.

Repliqué tuteándola, recordándole con aquello que yo no me había olvidado ni mucho menos de los besos que me dio.

—Comprendo que para ti sea desagradable, Belle —dije—. Y lo que siento, es que aún va a ser mucho más desagradable cuando sepas a qué se debe esta visita mía.

No se descompuso. Simplemente, con la mayor tranquilidad, me señaló uno de los sillones.

—Siéntese, Lex —dijo sin tutearme. Lo hizo ella y acto seguido preguntó—: ¿Qué es ello?

Saqué el paquete de cigarrillos y encendí uno. Entonces repliqué:

—Me has mentido, Belle, y eso no está bien. También has mentido a la policía, y eso, si no te convierte en cómplice, sí te puede convertir en encubridora.

Se removió inquieta sobre el sillón y su hermoso cuerpo me pareció más que nunca el de un maravilloso felino, dispuesto a destrozarlo todo a su paso. Con su fuego, con su pasión, con todo lo que emanaba, con todo lo que se desprendía de ella.

Entonces me tuteó por primera vez desde que había entrado.

—¿Qué quieres decir, Lex? Confieso que no te comprendo.

Sonreí con suficiencia.

—No, ¿eh? —pregunté con sarcasmo—. ¿Por qué no llamas a tu doncella y le preguntas qué es lo que me ha contado, antes de que fuera a llamarte a ti?

Miró en torno, como si esperara verla aparecer de un momento a otro, mientras que yo pensaba, que mi mentira bien podía dar algún resultado positivo.

Pero si no era así, si la llamaba, y ella negaba, ya que necesariamente tenía que hacerlo, todo se iría al infierno. Y lo que era peor, Belle tendría que llamarla forzosamente si es que yo estaba equivocado. Y si era así… Bueno, mejor no pensar en aquello por el momento.

Fumé en silencio durante unos cuantos segundos, y luego dejé caer una a una las palabras:

—Quisiera que me hicieras a mí la declaración que le hiciste al teniente O'Hara, preciosa.

—¿Qué declaración es ésa, Lex?

Me puse en pie y ella no se movió. Tan sólo sus ojos acusaban algo de la inquietud que la poesía, y eso era lo que me decía que yo no andaba equivocado en mis sospechas.

—Se trata de la noche en que murió tu hermano, Belle. Aquella noche el teniente O'Hara te llamó para darte la noticia. Es decir, llamó a tu marido, pero éste no estaba en casa. No estaba aquí, no tenía coartada, y tú mentiste diciendo que se encontraba durmiendo. Por eso tardasteis tanto en llegar al precinto. Le estuviste esperando hasta que llegó. ¿No es así? ¿No fue él quien le mató? ¿Quién también asesino a Pool Freeman?

Violentamente se puso en pie.

—¡Mientes! ¡Estás mintiendo! Mi marido estaba aquí aquella noche. Si tardamos… Bueno, Lex, ya conoces a las mujeres. Por eso tardamos tanto. Hube de arreglarme, ¿comprendes?

Sin hacer caso a su interrupción añadí, siguiendo el hilo de mis pensamientos:

—Mató a Pool Freeman por celos, lo mismo que mató a tu

hermano. Fue un doble crimen pasional. —Hice una pausa y de nuevo mentí con todo cinismo—. Vera Jones ha declarado, Belle. Tu marido la adoraba. La deseaba tanto o más que la quería. Hizo un sinfín de proposiciones que ella no aceptó en modo alguno. Las cosas continuaron así hasta que llegó Freeman, el hombre que había sido tu amante. Eso no preocupaba a tu marido en modo alguno, pero cuándo vio cómo éste conquistaba a la mujer que quena, que deseaba, le asesinó. Por idéntico motivo mató a tu hermano. Por causa de Vera Jones. Estoy por apostar que tu hermanito…

—No apueste, Forrester, porque perdería, lo mismo que ahora va a perder la vida. Conque Vera se lo contó todo, ¿verdad? Sí, creo que lo hizo. Vera me odiaba sin que yo sepa por qué. ¿Usted lo sabe, Forrester?

Antes de que terminara de hablar, yo ya me había vuelto hacia la puerta de la calle, maldiciendo entre dientes mi descuido, al no pensar que G. Campbell podía presentarse de un momento a otro.

Estaba allí, frente a mí, recostado contra la madera de la puerta que acababa de cerrar a su espalda, mirándonos a los dos, y apuntándonos al mismo tiempo con una poderosa «Magnum» de feo aspecto.

—¿Usted lo sabe, Forrester? —preguntó de nuevo. Sin hacer caso a su pregunta, pregunté a mi vez:

—¿Por qué mató a Joel Stillman; G. Campbell?

Lanzó una tenue risita que me estremeció. Por su parte, Belle dio un pequeño grito e intentó avanzar unos cuantos pasos. El cañón de la «Magnum» se desplazó hacia ella en el acto.

—¡Quédate donde estás, querida! —rió de nuevo y añadió—: Estate quieta, ya que no me importará enviarte al infierno. Es decir, os voy a matar a los dos juntos. Pero antes, voy a contestar a la pregunta de ese pesquisa —me miró ahora, y continuó—: Por pausa de Vera Jones, Forrester. Joel era un cerdo. Él sabía lo que yo sentía por Vera. Lo que aún siento. Me robó unas cartas que yo le escribí a ella, y me estaba amenazando afirmando que se las enseñaría al consejo de administración si no le apoyaba para la presidencia del mismo. Esto no me importaba en modo alguno, hasta que roe enteré por mediación de él mismo de que se había enamorado de Vera. De que la estaba presionando si no le consentía, con revelar todo cuanto sabía sobre las referidas cartas, con objeto de escarnecerla y

obligarla a abandonar su empleo, si no a que la despidieran. Esto influyó en mí, y a pesar de que sabía que yo maté a Freeman, no le hubiera quitado de en medio, ya que Joel no tenía prueba alguna de ello.

Le interrumpí con una pregunta:

—¿Cómo supo Stillman que usted mató a Freeman, G. Campbell? Su sonrisa fue cuadrada. Después replicó:

—No es que lo supiera con certeza, pero lo sospechaba, así como también sospechó el motivo. El mismo me lo dijo en una ocasión. Después de esto empezaron a aparecer esos anónimos que yo le enseñé a usted. Empezaba a presionar con ello, levantando a todo el personal contra mí, y contra el consejo de administración en pleno.

—Y por eso dicho consejo se reunió acordando contratar a un detective privado para que investigara sobre la verdad de la muerte de Freeman. Usted se vio cogido, ¿no?

La mueca que se dibujó en la boca de G. Campbell no me gustó en modo alguno.

—Sí, Forrester. Pero ahora no soy yo el que peligra, pesquisa, sino usted. Fui a verle presionado por el consejo de administración, y ahora, ese consejo es el que le lleva a usted a la muerte.

Se apartó de la puerta y avanzó unos pasos. Noté cómo Belle se apretaba contra mí, pero no la miré. Mis ojos no se apartaban de la «Magnum» que empuñaba G. Campbell, y que no dejaba de apuntarnos.

Sus ojos, fríos como el hielo, miraban ahora a Belle.

—Tú también vas a morir —dijo con una tranquilidad escalofriante—. Y ya debes saber por qué. Te saqué poco menos que del arroyo y me casé contigo. Tu pago ya sabes cuál ha sido. Esto lo supe siempre, pero tanto o más que a ti, me importaba el escándalo. Ahora, después de esto…

Levantó el arma. Belle se apretó más contra mí y noté los temblores de su hermoso cuerpo, mientras pensaba que no había escape posible para ninguno de los dos.

—Está usted loco si cree que matándonos a los dos va a escapar de ésta, G. Campbell. Le atraparán a usted antes que logre salir de Nueva York. Mi amigo el teniente
O’Hara
sabe que estoy aquí y lo mismo se puede decir de *miss* Jo…

Su risotada me interrumpió a mí, y a su vez fue interrumpido, obligándole a que dejara de reír repentinamente.

—No se ría, míster G. Campbell. Como ve, Forrester no le ha engañado a usted. ¡Tire el arma!

Durante unos Segundos permanecí completamente inmóvil, víctima de la sorpresa, en el transcurso de los cuales ocurrió todo, ya que el teniente O'Hara no llegó a acabar su última frase final.

G. Campbell se volvió hacia él sin soltar el arma, y entonces presionó el gatillo. El estampido nos dejó casi sordos y a mí me sorprendió a media altura, en el aire, ya que salté inmediatamente sobre él.

El choque nos llevó rodando por el *hall*, a pocos pasos de O'Hara. Luego todo ocurrió confusamente para mi. Vi casi, frente a mis ojos, el cañón de la pesada y mortífera automática y agarré aquella muñeca luchando con todas mis fuerzas por apartarla de mí.

Oí chillar a Belle, y casi en el acto la muñeca y el brazo armado se quedaron lacios entre mis dedos. Confusamente también me pareció ver al teniente Richard O'Hara, y comprendí que con la culata de su pistola acababa de poner fuera de combate a G. Campbell.

Me puse en pie vacilando y entonces me di cuenta de que la estancia estaba llena de policías. Miré a Belle mortalmente pálida, con los ojos fijos en su marido, que no se movía en absoluto.

Luego oí la voz de Richard:

—¡Maldito loco!

Aparté los ojos de Belle y le miré.

—¿Cómo diablos estás aquí, Richard? Hizo una mueca.

—¿Me crees tonto, Lex? —replicó a su vez—. En fin, te lo explicaré. Desde nuestra última conversación, varios de mis hombres te han estado siguiendo. No me fiaba de ti, muchacho. Y a pesar de esto, creo que me debes dar las gracias, ¿no? De no ser por mí…

Sé interrumpió para señalar a dos de sus hombres y entonces dijo:

—¡Lleváosla! *Mistress* G. Campbell tiene que contestar a unas preguntas, y prefiero que sea en el precinto.

Belle lanzó un gemido y luego avanzó unos pasos hacia nosotros. Pero no llegó. Se detuvo antes.

—¿Qué… qué quiere usted decir, teniente?

O'Hara
sonrió en forma desagradable.

—Que la acuso a usted de encubridora. Hace rato que estoy aquí y lo he oído todo. Usted sabía que su esposo mató a su hermano, y sin embargo, lo calló. —Hizo una pausa sin que ella le interrumpiera y después añadió—: Y le diré también los motivos que tuvo para callarlo. Su ambición. Su desmedida ambición. A usted no le interesaba en modo alguno que su marido fuera ajusticiado, ya que según sospecho, y conste que esto no son nada más que conjeturas, en caso de su muerte o fallecimiento, no percibiría nada.

—La miró fijamente y añadió. —Y era su propio hermano, *miss* G. Campbell. Y a pesar de ello, usted mintió aquella noche diciendo que su esposo estaba durmiendo, cuando en realidad estaba asesinando a míster Joel Stillman. Vamos, llévenselos a los dos.

Entonces me di cuenta de que G. Campbell estaba empezando a recobrar el conocimiento.

Unos minutos después, ambos nos quedamos solos. Fue entonces cuando pregunté:

—¿Cree que la condenaran a ella, Richard?

—Eso no es cosa mía, sino del jurado, Lex.

El silencio reinó entre los dos por espacio de breves segundos. Lo rompió Richard diciendo:

—Si hubieras dado con otro, Lex, ahora estarías sin licencia. Que esto te sirva para aprender dos cosas; que la policía no es tonta, y que no se debe tratar de engañarla o de obstaculizar su labor. —Y mirándome fijamente preguntó—: ¿Cómo sospechaste de G. Campbell, Lex?

—No lo sé muy bien, Richard —repliqué diciendo la verdad—. Cierto que me extrañó que aquella noche nos hicieran esperar tanto en el precinto, pero eso para mí no supuso nada. Ahora bien… —vacilé unos segundos y añadí—. Creo que si interrogas a Vera Jones, ella puede decirte el motivo por el cual no quiso presentarse en la

oficina de G. Campbell cuando éste la llamó. Creo que ella sospechaba que era el asesino. Ese tipo la perseguía con cartas y con más o menos deshonestas insinuaciones. Luego murió Pool Freeman y entonces Stillman empezó a cercarla, y murió también. Sí, Richard, creo que fue éste el motivo, el único motivo que me hizo sospechar de él. Luego até cabos y relacioné la tardanza de la pareja cuando fue al precinto. Hice la prueba y dio resultado.

Nos despedimos en la puerta.

Jessica estaba en la barra del ahora desierto o casi desierto «Pinacle» vestida de calle, y con el rostro vuelto hacia la puerta, con lo que me vio apenas entrar.

Saltó del taburete y corrió hacia mí. Por lo tanto no nada más que abrir los brazos para estrecharla con ellos, e inclinar la cabeza.

Cuando el beso terminó, la prendí del brazo y tiré de ella hacia la calle. Cerca del coche Jessica murmuró sin mirarme.

—He pasado mucho miedo, Lex. Temí que te hubiera ocurrido algo.

—Ya ha pasado todo, querida —dije—. Todo. Hace unos minutos me he despedido de

O'Hara

después de darle el caso resuelto.

Ya no hablamos hasta que el «Cadillac» empezó a deslizarse sobre el asfalto de Broadway. Y lo hizo Jessica con una pregunta:

—¿Dónde vamos, Lex? Sonreí.

—A despertar a un amigo mío que es juez, ricura —dije después —. Llevo una licencia especial de matrimonio, y vamos a casarnos. ¿Qué respondes?

No lo hizo. Continuó callada. Le lancé una fugaz mirada, pensando en si de nuevo se habría desmayado, pero no era así. Jessica estaba llorando.

Eso era todo. Por lo tanto no dije nada. Callé, y creo que ella me agradeció aquel silencio que sólo rompí cuando nos vimos en presencia del juez, aquella misma noche, tal y cómo ya tenía pensado de antemano.

Después, mucho después, supe que Belle había sido absuelta y G. Campbell condenado a la silla eléctrica. Y como se esperaba, el testamento de éste dejaba a Belle en la miseria. Pero yo estaba seguro de que ella intentaría impugnarlo por todos los medios.

Jessica pensaba lo mismo. Y es que a pesar de todo, en este mundo hay personas que tienen suerte, sean de la categoría moral que sean.

Belle era una de ellas. No me cabía la menor duda.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.